



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

LA MUERTE EN "BIKINI"

PETER DEBRY

LA MUERTE EN BIKINI

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1957

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMÁS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:

469. — La guerrilla de los tejanos. 479. — Hom-
bres marcados.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

337. — Operación marihuana. 340. — El gang
de las actrices. 342. — Los detectives mueren
jóvenes. 345. — Bajo la piel del lobo. 348. — La
jungla de los muelles. 353. — Tres dalias negras.
355. — La muerte abstracta.

En Colección **BUFALO**:

172. — Río turbulento. 180. — Vaquero y detec-
tive. 190. — Frontera salvaje.

En Colección **PANTERA**:

50. — Bajo la cruz del Sur. 52. — Un legionario
investiga. 55. — Robín de las Antillas.

En Colección **CONGO**:

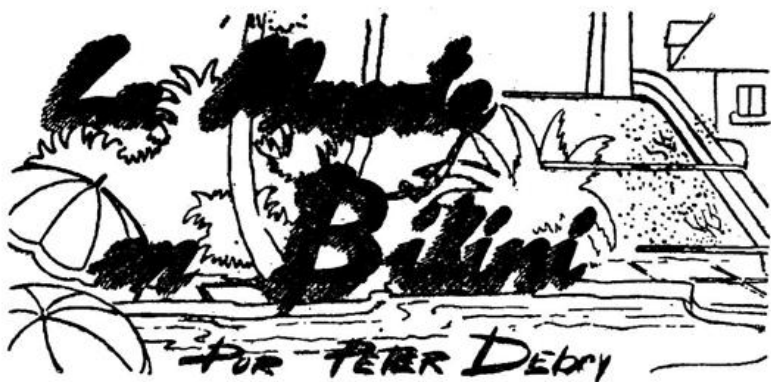
26. — Soplo de terror.

En Colección **CALIFORNIA**:

4. — El regreso del cobarde. 18. — Misión para
un rebelde. 21. — Al extremo de la soga. 29.
— Una bala en cada esquina.

En Colección **TEXAS**:

45. — Los muertos no matan.



CAPÍTULO PRIMERO

Con fascinante ondulación, las olas se desflecaban susurrando en la dorada arena. Una escuadrilla de gaviotas bajaban en picado surcando en blanco el intenso azul del cielo, y poniendo motas como orquídeas en las verdes aguas del Pacífico.

Me zambullí, y el agua estaba exactamente tal como la deseaba. Hice cien metros a todo gas, otros cien de relevo, y después flotando boca arriba, me puse a pensar en mi porvenir.

El verano ya se había ido, y me quedaba un mes vacío, hasta que abriera el Parador del Valle, que me contrataba como salvavidas y profesor de natación, hasta que de nuevo se aproximase el verano y ejerciese las mismas profesiones en esta playa.

Era una vida agradable, mientras no me pusiera a meditar que con mis treinta y un años empezaba a ser hora de encontrar una profesión más sólida que la de lucir musculatura y estilos natatorios.

Ya había intentado otros trabajos: una vez fui remachador en una factoría de aviones. Pero calculé que a un remache cada diez segundos, necesitaba unos cuarenta millones de remaches para ahorrar lo suficiente y poder montar mi negocio soñado. Eran demasiados remaches.

Si vuelvo a los calzones de baño, es porque sueño con ser dueño de una piscina y su anexo club de noche.

Vagamente me di cuenta que las ondulaciones me hablan llevado cerca de la playa. Aterricé, y recogiendo la toalla me dirigí a mi

bungalow playero.

Abriendo la puerta oí el teléfono, y acabando de frotarme con una mano, saqué el aparato de su concha para presentarme:

—Cliff Duncan.

—¿Cliff? Aquí Milton Kruger.

Y el importantísimo Milton Kruger dejó que sus dos apelativos se remacharan un instante en mi sesera:

—Cliff, tengo un buen asunto para usted. Está aquí una joven dama con un problema que se sale de lo corriente. Un problema que encaja con sus cualidades, Cliff.

Yo escuchaba asombrado. No cabía error, porque mi oreja estaba bien destaponada. Milton Kruger era el patrón de mi hermano Rod; y las pocas veces que me había telefoneado era para localizar a Rod.

Pero ahora me llamaba a mí personalmente, y empleando mi nombre de pila por tres veces, afectuosamente.

—Explíqueme de qué se trata —pedí—. Acabo de salir del agua y tengo que secarme.

Milton Kruger debía tener a su clienta, la joven dama, sobre el codo, porque le oí hablar en voz baja, y dijo después para que yo me enterase:

—¿Qué decide, señorita Parks? Nuestro Duncan acaba de salir del baño playero.

Lo que ella contestaba no me enteré. Pero iba yo sacando deducciones. En la nómina de la “Agencia Kruger” hay un Duncan, mi hermano Rod, que lleva ya doce años siendo el as de la agencia.

Una vez intentó colocarme allí, y Kruger, escrutándome con su mirada de águila, preguntó si podía estar seguro que después de invertir tiempo y dinero en mi entrenamiento, yo no volvería a sentir la llamada de la playa.

Yo contesté que no le podía mentir dándole una seguridad muy insegura. Y Kruger no me colocó en su nómina.

Hacía ya dos años de esto, y ahora las cosas cambiaban. Parecía que Kruger me encontraba “cualidades encajando en el problema de la damisela Parks”.

De todos modos yo tenía un mes hueco, un mes que matar en algo. Y me aguanté las ganas de enviar al cuerno al señor Milton Kruger. Dije:

—Si no puede contármelo por teléfono, coloque un embajador en su puerta —la dije en voz muy baja, por si la clienta aguzaba el oído.

—Muy bien, Cliff. Me ocupo de los detalles para cuando llegue.

Haga la maleta y venga a toda prisa a mi despacho. La señorita Parks está invitada a una casa en el desierto, y está algo preocupada. Necesita ayuda en un par de cosas. Usted irá como otro invitado más, o sea que coloque un traje decente y no olvide su calzón de baño. Se trata de un buen fin de semana en una casa de categoría, pero no olvide su calzón de baño.

—De acuerdo. Tardaré unos veinte minutos. ¿Algo más?

—Ella le espera, Cliff. Dese prisa.

Pasé a la ducha caliente, para fundir el salitre. Y minutos después cogía el volante de mi viejo cacharro, conduciendo hacia Hollywood. La “Agencia Kruger” está en una esquina muy concurrida, y tuve que buscar aparcamiento a unos treinta metros.

Antes de llegar al zaguán, una voz me llamó:

—Ey, cachorro. Es tu día de suerte.

Miré al bordillo de la acera, y vi a mi hermano Rod, reclinado contra un rutilante “Cadillac”. Sonreí:

—Es bomba con espoleta de retardo. Hace dos años vine por trabajo, y me fui sin. Hoy que pensaba no dar golpe, el trabajo me llama. ¿Suerte?

—No cabe duda, cachorro. Fíjate en el coche. Tu coche, milord. Y espera a que veas la dama esperándote. Una Venus de Bolsillo. Menuda, pero con curvas de champaña. El patrón te espera impaciente.

Me acompañó por el vestíbulo y al pie de la escalera, me detuvo por el codo:

—Veamos tu cartera, cachorro.

Se la entregué y me colocó dentro una serie de billetes de veinte. Me la devolvió:

—Trescientos, Cliff. Vas pagando y llevando nota. Ella pagará después, pero allá presumes tú de dinero, ¿entendido?

—Sí, pero yo...

—No hay tiempo para conferencias, cachorro. Toma también esto —y me entregó su “Browning” 38—. Si ella lo ve, bien. Si lo ven los otros, mal. No tienes licencia. Ahora dame la llave de tu cacharro y lo devolveré a tu playa.

Le di las llaves, y saqué un billete de veinte:

—Para tu peque, Rod. Y que emplee mi “fuera bordo” en mi ausencia.

Rod me dio las gracias a su modo, con un palmetazo en el cogote, y yo subí las escaleras, algo pensativo. No veía claro a Cliff Duncan pasando de salvavidas a detective... llevando sin licencia un 38.

Milton Kruger era alguien y había consumido años para crearse una fama de eficiencia. Iba para calvo, su cuerpo era un barril, sus ojos dos Leikas combinadas con caja registradora, y su mente tan aguda como el filo de una navaja.

Desde su trono en aquel lujoso despacho, administraba una de las agencias más beneficiosas de la ciudad de los detectives. Y era demasiado listo como negociante para arriesgar su reputación en manos de un novato como yo. Sin embargo, era lo que estaba haciendo.

Kruger hizo las presentaciones, afirmó que el tiempo era bueno, y nos dijo a ella y a mí que tendríamos sesenta millas para discutir el asunto.

La señorita Parks estaba detallándome. La imité. Era rubia y bronceada, pequeña, y tan femenina como un vaporoso *negligé* parisino.

Tenía una de las figuras más preciosas que jamás contemplé. Tirando a llenita, y el calificativo de venus de Bolsillo le iba de maravillas.

Rebosaba de femineidad, sus labios daban sed y sus grandes y anchos ojos grises destellaban plata y calidez.

Vestía con la distinción apropiada al “Cadillac”.

Recogí mi maleta, y la seguí protegido por la paternal sonrisa con que nos despedía Milton Kruger, que debía haber cobrado un buen cheque, porque se dignó llegar hasta la puerta.

La señorita Parks era una dama. No le hacía falta esperar ni señalar, para que uno le fuera abriendo puertas. Le abrí la de su “Cadillac”, y en el portaequipajes coloqué mi maleta junto a dos soberbios maletones de viajera en primera preferente.

Me deslicé bajo el volante, y ella sonrió para indicarme la ruta. Dijo además que el tiempo era bueno. Había dejado su chaqueta sobre el respaldo.

El fresco viento empujaba hacia atrás su melena de oro y su blusa de nylon. Me ofreció un cigarrillo, encendiéndomelo. Fumando, y conduciendo aquel cacharro de lujo, pensé de nuevo en lo esencial.

Un fin de semana en una fincaza del desierto. “Traiga su calzón de baño. Hay una piscina. Y la señorita Parks tiene un problema”... Ella no parecía tener prisa por discutir su problema. Pero yo sí.

Y lo hice al abordaje. Se llamaba Evelyn:

—Oiga, Evelyn, disfruto del paseo, y el desierto es precioso en esta época del año, pero usted ha pagado dinero por mis servicios, que no sé cómo los prestaré, si no sé nada del problema en cuestión.

Exactamente, ¿qué debo hacer y para qué me ha contratado?

Me miró con frialdad:

—Primero, asegurémonos de lo que no debe hacer. Contratar a un atleta para acudir a un fin de semana, podría dar lugar a ideas erróneas. Concretemos que he contratado un hombre atlético y bien parecido en una agencia de detectives, no en una agencia de gigolós.

Eché una bocanada de humo, y yo eché humo por dentro. Nos acercábamos a una cafetería. Frené quemando un poco de neumáticos y aparcando junto a un “Pontiac” crema, y café, cerré el contacto:

—Parada para café, señorita —dije secamente—. Y mientras nos dirigimos hacia una casa desconocida donde hay gente que no conozco, no perdamos de vista un punto concreto. Usted fue a la agencia, y yo no sabía que me iba a tocar acompañar a una doncellita viendo visiones, porque de *gigoló* tengo yo lo que mi abuela.

Me dispuse a salir, pero ella me retuvo por el brazo.

—No lo tome a mal, Cliff. Yo solo quise...

—Usted es rubia y bonita —atajé—. Tiene un chasis apto para colocar en la primera fila de coristas del “400” si necesitara usted ganarse el potaje, pero este bajel en el que navegamos indica que no necesita usted ganarse la vida. Yo sí. Y el segundo punto, es que usted no es del tipo de las que necesitan alquilar gigolós. Y ahora veamos si nos dan café potable.

—Lo siento, Cliff. Tal vez estuve algo ofensiva.

—Ya pasó, pero puesto que andamos aclarando puntos, aclaremos otro. Hay gente a la que sobra el dinero y quiere divertirse. Uno de ellos dice: “¿Por qué no traemos un detective privado el próximo fin de semana? Le damos algo para investigar, solo para reírnos un poco”. Si se trata de esto, Evelyn, dígallo. Volvemos a Los Ángeles y busco un par de marineros borrachos para que nos divirtamos todos.

Ella se sonrojó un poco, no sé si de rabieta o de temor...

—No es así, Cliff. El señor Kruger me garantizó que usted procurará por todos los medios que nadie adivine su profesión. Viene como un amigo.

—Bien, pues entre amigos, ¿a qué tantos misterios? Y si estamos entre amigos, ¿qué demonios pasa allá?

Lo único que hasta ahora sé es que una tal Julia Brisson sale poco de su finca y tiene siempre una nube de invitados.

Evelyn se acarició la sien y después dio tirones a la cadena de oro de su reloj pulsera:

—Hay dos cosas en el “Rancho Brisson” que no son lógicas. Primero es Julia, la señora Brisson. La conozco desde que éramos niñas, y es de la clase de mujeres a quienes les gusta ser vistas. Y socialmente...

Se interrumpió, irguiéndose. Una pareja salía del café. Susurró:

—Los Arnold. Probablemente están también invitados. Los he visto allí un par de veces.

Se les veía de clase a los Arnold. No más allá de los treinta y pico. La mujer nos echó una mirada. Era morena de largo cabello, y su vestido era caro, pero parecía venirle pequeño, de tan prieto.

El marido se encasquetaba una gorra de pelota-base, mordía un palillo, y sus labios rezumaban desdén. Pero se le iluminaron las pajaritas viendo a Evelyn, y acudió para acodarse en la ventanilla, removiendo el palillo:

—Vaya cacharro que se trae, señorita Parks. Y otras cosas...

—Creo que no le comprendo, señor Arnold —manifestó Evelyn—. Ya dijo algo parecido allá en el “Rancho Brisson”, pero yo realmente...

La mueca confianzuda se trocó en sarcástica y se apartó un poco:

—Infiernos... Ya me olvidaba que usted es una de las que van allá a oler la quema...

Me deslicé fuera del coche mientras él deslizaba su corpachón tras el volante de su “Pontiac”. Le quité la portezuela de su mano, y coloqué un pie en el estribo:

—A lo mejor es usted miope, ciudadano. Debió ver que le estaba hablando a una señorita. ¿O es que no lo vio?

Se lo dije correctamente. Arnold me miró sopesándome, con asco. Era preciso no dejarle dudas. Le agarré un poco de camisa, y atraje como quien saca un tonel de un camión.

Le solté, y al quedarse erguido se pasó una mano por los gruesos labios. Seguí vigilante, porque después de sus labios, la mano cerrada en puño podía abrirme los míos.

Me dispuse a anticiparme, y debió adivinarlo, porque apartándose un poco, miró hacia el “Cadillac” y murmuró:

—Lo siento... señorita Parks. Me equivoqué.

Volvió a deslizarse en el “Pontiac” junto a su silenciosa mitad, y arrancó con cierta violencia, esfumándose tras el viraje. Fui a abrir la portezuela del “Cadillac”, y bajando dijo ella:

—Gracias, Cliff. No estoy segura si debía o no hacer lo que hizo, pero de todos modos, gracias.

Encontramos un compartimiento y pedimos café.

—Me estaba usted contando algo acerca de Julia Brisson.

—Pero ahora paso a la segunda parte. Como invitado del rancho, Virgil Arnold no es la excepción, sino la regla común. Todos los invitados tienen algo en común. Les mortifica ir allá. Dan todos la impresión de que están obligados a ir; y se esfuerzan en aparentar que les gusta.

El camarero trajo los dos cafés, se fue, los endulzamos, y se comprobó que era buen café. Indiqué:

—Usted es una invitada al “Rancho Brisson”.

—¿Le habría contratado si supiera lo que pasa allí?

No contesté. Me acordaba cuando un año antes en Las Vegas, estaba yo de maestro nadador. Una rubia de cromo, llevando un bikini de precio, me pidió lecciones.

Empezó por chapotear como un perrito ahogándose, y media hora después surcaba la piscina en un crawl perfecto. Me sentí muy orgulloso de mi maestría como profesor.

Hasta que por la noche, en el bar del hotel, me enteré que la rubia era campeona olímpica. Por eso ahora tenía que procurar no creer demasiado en lo que me dijese la invitada Evelyn Parks.

Aparté de la mesa a un lado, el azucarero, el salero, el pimentero, el cenicero, dejando solo mantel y nuestras dos tazas. Dije:

—Aclaremos más puntos. Al parecer van al “Rancho Brisson” invitados que no quieren ir, pero van y además fingen estar contentos. Pero usted no. Usted no es como los demás —y traje al centro de la mesa el azucarero—. Punto primero. ¿Por qué es usted diferente a los demás invitados?

Repiqueoteó ella sobre el mantel con unas uñas pulidas y nítidas:

—Realmente no sé.

—¿Quién la invita? ¿Buster o Julia Brisson?

—Julia naturalmente.

—¿Conoce ella a los demás invitados? Quiero decir si son amistades tuyas o de su marido. Más concreto, ¿los conocía ella antes de instalarse en el rancho?

Amplió ella los focos que tenía por ojos. Y había tensión en su voz:

—Yo, al menos, no conocí a ninguno de sus invitados antes que Buster y Julia se trasladaran al rancho para residir en él.

Coloqué el salero junto al recipiente de azúcar:

—Otro punto. ¿Cuánto tiempo llevan de dueños del rancho?

—Casi dos años.

—¿Cuántas veces ha instalado usted su equipaje en alcoba de

huésped?

—Julia y yo no atendemos a formalismos. Voy allá cuando me apetece, sin invitación, cada cinco o seis semanas. Me limito a telefonar que voy.

—¿Sola o con alguna amistad?

—Es la primera vez que voy acompañada, pero a Julia le gustará.

Coloqué el cenicero en el centro de la mesa:

—Queda pues como raro, que Julia, gustándole la vida ciudadana, no abandona el rancho. ¿Por qué?

—Esto es lo que me preocupa. Fuimos compañeras de colegio y fui dama de honor en su boda. La conozco a fondo. Y a ella le encanta la vida social en la ciudad, y sin embargo lleva dos años en el rancho sin salir... y quiero saber cuál es la razón.

—Puede que haya una barrera cerrada, impidiéndoselo.

Coloqué el pimentero en el centro de la mesa, porque ella replicaba:

—Todo está abierto, pero es posible que ella no pueda salir.

—¿Quién compra la cerveza, las pieles de cebellina y a veces el pan?

—Tiene ella cebellinas, pero no las exhibe; las mujeres las llevamos para que las demás las vean, y hay pocas ocasiones en el desierto.

—¿Qué motivos expone ella para explicar su destierro?

—No habla de ello y sabe eludir las referencias. Cuando la invito a venir a mi piso, siempre encuentra una excusa, y cambia pronto el tema —y crispando los dedos, añadió Evelyn—: Sonará neciamente, pero en los ojos de Julia leo yo el deseo de fugarse. Por eso he ido a la “Agencia Kruger”. Creo que Julia está como prisionera.

—¿Cómo puede Buster retenerla prisionera?

—No tengo la menor idea. ¿Nos vamos?

Volvimos al “Cadillac”. Empezaba a apretar el calor y ella, cerrando las ventanillas, pulsó el refrigerador. Se enfrió el coche al ir adquiriendo velocidad.

—Hablemos de dinero, el denominador común. Un coche como este vale un dineral. Si antaño ya había tanta amistad entre ustedes, es porque Julia también tendría fortuna personal.

—No poseía mucho dinero, pero lo suficiente para no tener que escatimar.

—¿Y Buster?

—Tiene un negocio próspero en Los Ángeles. Seguros.

—¿Y a diario recorre sesenta millas ida, y las mismas de

regreso?

—Solo va a Los Ángeles un par de veces por semana. Él es lo que... comúnmente se llama “un hombre maduro”. Debe tener unos veinte años más que Julia.

—Ya.

Me puse a pensar en agentes de seguros. Ninguno puede ganarse el potaje yendo un par de veces por semana a la oficina. ¿Y Buster Brisson se permite además el lujo de un rancho tras las colinas?

Resultaba posible, pues, que llevara otro negocio en casita...

—¿Hace tiempo que trabaja en la Agencia Kruger, Cliff?

Esta pregunta la esperaba yo hacía ya treinta millas.

—No me pise la larga barba blanca, porque hace ya doce años que Kruger viene entregando cheques a Duncan. ¿Satisfecha?

Yo lo estaba. No mentía, salvo que el Duncan que durante doce años había cobrado, era Duncan Rod. No Duncan Cliff.

—Es que siendo usted tan bronceado no parece un detective trasnochador.

—Me cuido. Además los buenos detectives tratan de parecer nadadores, contables o viajantes.

—Usted parece un reclamo de Mr. Músculos Playeros.

—De momento tengo que emplear los resortes cerebrales. Hábleme de los Brisson.

Aquel “Cadillac” rodaba como una alfombra mágica dotada de alas. Fui escuchando. Julia y Buster eran un matrimonio feliz. Aunque él fuera más viejo, Evelyn estaba segura de que formaban una pareja dichosa.

Se había casado tres años antes, vivieron en la ciudad un año, y de pronto se mudaron a las colinas arenosas. Sin explicaciones, construyendo un hogar que lindaba con el Mohave.

Una docena de cuartos para invitados y una piscina. Muchos invitados de ambos sexos, pero solo Evelyn contaba allí con antiguas amistades. Buster se ocupaba de invitar a las nuevas amistades.

Evelyn me señaló una lateral. Abandonamos la autopista penetrando por una senda alquitranada que iba remontando en lazos hasta que cerca del lomo vi el “Rancho Brisson”.

Protegido del viento ardoroso por la cima de la colina, instalado en lo que parecía el valle en terraza. Con un garaje para seis coches, y cobertizo para otros tantos.

Estaba ya el “Pontiac” de los Arnold, y un “Lincoln” negro. Aparqué, y fui a abrirle a Evelyn. Pero por una vez no la miraba a ella, sino a la casa.

Por fuera el muro era pardo. Por dentro todo rebosaba verdor y vida. Un parque. Una finca que de no haber sido tan nueva, parecería una de las que se construían las estrellas del cine, en los años sabrosos antes de los impuestos del ochenta por cien.

Silbé maravillado, yendo a recoger el equipaje, pero se me había anticipado un filipino. Volví a mirar el palacio Brisson.

Para un hombre que solo trabaja un par de mañanas cada semana, Buster Brisson se defendía bien.

CAPÍTULO II

A media tarde me iba yo ajustando al programa. Caminé hacia los veinte mil dólares de piscina, a través del césped que separaba la “U” de la casa, de la piscina.

Cipreses tamizaban el viento del desierto. Todo era verde y espléndido dentro de la cerca parda. Hasta los tanques de agua. Claro que primero habían tenido que gastarse miles de dólares perforando en busca del agua. Y aquella piscina tenía su sistema de drenaje. Nada de aprovechar el agua hasta el máximo, sino renovarla con drenajes, y hasta entibiarla con un calefactor.

Todo aprovechado, porque el agua yéndose de la piscina, servía para rellenar los tanques de riego del parque, jardín y huertos.

Total, para aquello solo se necesitaban unos pocos cientos de miles; para encontrar los manantiales, comprar la tierra del valle, instalar los sistemas de riego, tanques, un rancho...

Total, dinerito ganado con dos mañanas por semana de trabajo. Me senté al borde de la piscina, y oí una zambullida, Emergió Evelyn nadando hacia mí con brazadas suaves y a la vez eficientes.

Me zambullí y fuimos dando una vuelta de honor a la piscina. Después nos tendimos en un par de colchones neumáticos tomando el sol.

—¿Algo nuevo, Cliff? —me sonrió ella.

—No encontré nada tétrico. ¿Está segura que hay algo misterioso?

Se quitó Evelyn el blanco gorrito. Y el oro sedoso se desparramó. Bien...

—¿Qué conclusiones saca del resto de los invitados, Cliff?

—¿También físicamente? Porque por ahora solo puedo medir por la escala Duncan playera. Virgil Arnold hincha el pecho cuando le mira una Eva, nada como Un búfalo. Su esposa Mitzi es golosa y sufre para conservar la línea. No le gusta nadar. Y en cuanto al doctor Daves, tampoco le sirve la piscina. Un cincuentón algo nervioso, rostro redondo, lentes al aire, piel blancuzca de bibliotecario. El “Lincoln” negro es suyo, con lo que demuestra que es un médico de tarifa alta. ¿Viene con frecuencia?

—Solo le vi una vez, creo que fue el verano pasado. ¿Qué opina usted de Buster Brisson?

A lo lejos estaba Brisson. Delgado, bien formado, un hombre

preocupándose de su forma física. Decía Evelyn que tenía cincuenta años. Yo le daba cinco más. Cabello gris, y bronceado como un hawaiano.

Yo había estudiado la piscina. Había algo detonante. Las rayitas con números indicando profundidad, llegaban a marcar hasta el fondo, nada menos que cuatro metros y medio.

—Yo diría que Buster no ha sido siempre un entusiasta de la natación. Posiblemente solo data de tres o cuatro años su afición.

Vi por el arqueado de cejas que Evelyn estaba asombrada. Y me confié:

—Probablemente porque a Julia le gustaba nadar.

Buster se aficionó, como otros que teniendo una novia que vocea cánticos, van al templo.

—Trato de recordar si le dije yo algo referente a que antes de conocer a la que hoy es su esposa, Buster no era aficionado a la natación.

—Mi deducción es elemental, mi querido Watson —sonreí, emulando a Sherlock—. Nadie invierte tanto dinero en una piscina como esta sin asesoramiento de un técnico. Cualquier técnico le habría dicho a Buster que de dos a dos metros y medio es suficiente fondo para tirarse desde el borde. Son precisos de cuadro a cuatro y medio de fondo, cuando hay torre para trampolín y palanca. Pero aquí no hay torre, aunque ya están en los cimientos las bases para esta torre. Por lo tanto, Brisson hizo construir la piscina con el fondo máximo para en su día colocar la torre de saltos. ¿Por qué no puso la torre ya? No era problema de dinero sino de amor propio, y esto nos descubre algo del carácter de Buster. No quiso colocar la torre hasta que no fuese un experto en nadar y saltar desde el borde. Porque Buster es un hombre que quiere asegurarse siempre de que lo que hace está bien.

—Bien deducido, Sherlock —rio ella.

—Más deducciones. Usted insistió en que la agencia le suministrase un detective que en el agua estuviera como un pez. Pero veamos a los que están al otro lado de la piscina. Arnold y señora, que se remojan porque no hay más remedio. El doctor Daves, que ni siquiera se ha puesto en traje de baño. Un anfitrión que es un fanático, pero no pasa de mediano nadador. ¿Y qué sucede con Julia Brisson? Usted me ha dicho que cuando soltera, Julia estaba loca por “piscinear” a modo. Pero allí está vestida y reseca. Yo soy mayorcito y no voy preguntando a las damas por qué no se bañan... pero tengo el palpito que Julia no nada porque no quiere... ¿Por qué?

—Sucede que Julia nada... pero de madrugada. De día está por el patio o bajo toldo, pero algunas veces que he estado despierta a hora avanzada, la he visto desde mi ventana nadando con Buster.

—Ellos dos solos. ¿Y no fue con ellos?

—No, porque resulta evidente que Julia quería estar sola con Buster.

—¿A qué hora tenía lugar la sesión nocturna?

—Hacia la una y media de la noche, aproximadamente, porque el mecánico estaba ya a punto de drenar y limpiar la piscina, y Buster me dijo que esto solía hacerlo hacia las dos de la madrugada.

Traté de pensar sobre esta rareza, pero no saqué nada en concreto. Julia Brisson, esbelta, morena y bien formada, no tenía por qué bañarse solo de noche cuando los demás, salvo su esposo, dormían.

Aparté la vista de la piscina, porque había algo nuevo. Una pelirroja con una silueta apabullante estaba saludando a los Brisson. Toqué en el hombro a Evelyn:

—Una invitada de última hora. ¿La conoce?

Evelyn rodó perezosamente sobre su costado, abrió un ojo soñoliento, y abriendo los dos, se sentó:

—No la conozco. No la he visto nunca.

Buster y la pelirroja se aproximaban. Ella caminaba como una danzarina. Vestía con firma parisina legítima. De cerca su rostro revelaba más años que su juvenil estatura. Unos treinta...

—La señorita Carter. Señorita Parks, señor Duncan —presentó Buster.

Yo di una cabezada y la señorita Carter me gratificó con una sonrisa calurosa. A Evelyn le largó una sonrisa, pero más bien fría.

Con sencilla distinción, aclaró Brisson:

—Es posible que hayan visto numerosas fotos de la señorita Carter el pasado mes. Es una estrella que sube en el firmamento. Olga Carter... ¿Su última fue “Caminando sobre nubes”, no, Olga?

Yo enfoqué mejor mis pupilas, y me pareció que a Olga no le gustaba la mención de Brisson sobre sus talentos. Cosa rara, porque las estrellas, suban o bajen, se pirran por la publicidad.

Brisson no se contentó con lo dicho, sino que añadió:

—Esperamos grandes cosas de Olga. Naturalmente existen caídas y accidentes para las artistas, pero confío en que siempre triunfará.

—Gracias, Buster —dijo ella con una cortesía insincera.

Se fueron acompañados por Evelyn. Yo me quedé meditando sobre “caídas y accidentes” que acechan a las artistas. Buster

Brisson era un hombre educado, y sin embargo sacó a relucir “caídas y accidentes” de una manera algo forzada, sin venir a cuento.

Con el tono con que se habla a un amigo en la cama de hospital, asegurándole que deseamos que mejore pronto, aunque recordamos a otros que tuvieron la misma enfermedad, y Dios los haya perdonado...

Por la noche se cenó en la terraza, hubo dos mesas de *bridge*, y temprana despedida. A las once me recliné en la ventana de mi habitación, acechando el silencio de la noche en el desierto.

Pensé que me vendría bien ejercitarme un poco, y me enfundé el “Meyba”.

Tendría que estar en forma para ir al Parador del Valle. En el borde de la piscina, empecé por un salto en tijera. No me complació, y volví a remontar, para practicar otros dos tijeretazos, mejores.

Hice un medio salto mortal, ahondando hasta rozar el fondo. Daba gusto aquella agua tan clara, y al emerger oí una voz adulándome:

—Espléndido, señor Duncan.

Vi a Buster Brisson en pie cerca del borde. En calzón de baño.

—Gracias. Usted sigue —le invité.

—Oh, no. Quisiera aprender a hacerlo solo la tercera parte de bien con que usted se luce tan fácilmente.

—Cuestión de paciencia y entrenamiento.

—Lo dudo, porque tengo largos meses de paciencia y entreno, pero avanzo muy lentamente.

—Eche un par de saltos, y procuraré ver dónde está el fallo.

Durante veinte minutos, Buster disfrutó como un niño; mientras se zambullía repetidamente, yo le aconsejaba. Era un buen alumno. Pensé en su joven esposa, y en los esfuerzos que hacía Buster para ganársela.

Por eso me era simpático y decidí enseñarle los trucos. Por fin, dije:

—Ahora practique a solas el doblado de piernas y choque de manos. Verle trabajar con tanto ardor, me ha abierto el apetito. Creo haber oído citar que toda la noche hay un servicio de bar para que cada cual se sirva lo que quiera.

Me señaló una puerta:

—Recto a la cocina. Está usted en su casa, Duncan, y dentro de unos instantes me reúno con usted.

Algo rebotó en el agua, y sonrió Buster:

—Malditos bicharracos. De vez en cuando alguno percibe las luces bajo el agua y vuela en picado.

—Ya.

Me dirigí al suministro. Las provisiones de medianoche hacían juego con el resto del “Rancho Brisson”. Hurgué entre mermeladas, carnes, quesos, fiambres, hasta encontrar emparedados de lechuga y pollo.

Masticando y bebiendo cerveza sin alcohol, eché un vistazo a las revistas. Abundaban las del culto al músculo. Curioso... Les faltaba la página 96. De la sección de anuncios.

Me sonreí. Pertenecían a la columna: “Vigor juvenil eterno”. Algún invitado sintiéndose envejecer, quería ir probando pildoritas.

Como pasaba de la media hora, decidí que ya había tenido Brisson tiempo sobrado para practicar, y fui a ver si mejoraba.

No estaba a la vista, y daba yo media vuelta, cuando la di de nuevo en sentido contrario. Había una toalla y un albornoz sobre una silla.

Y al fondo azul de la piscina, Buster Brisson yacía inmóvil bajo cuatro metros y medio de agua.

CAPÍTULO III

Además de un grito, pegué el salto padre y me zambullí. Brisson yacía boca abajo, su cabello gris irradiando en todas direcciones. No existía problema de ahogado luchando como un energúmeno.

Le pasé un brazo bajo el sobaco, di un taconazo, varios perneos hasta alcanzar el barrote de una escalera, y pude cargármelo al hombro hasta el césped.

Colocándolo de nuevo boca abajo, le cabalgué presionándole costillas y lomos. Tras de mi oí pasos corriendo, voces y preguntas. Seguí el rítmico masajeo, para vaciarle los pulmones, y después le atraje y avancé los codos para arrancarle la respiración.

Evelyn llegó la primera, pero los demás, seguían. Se arrodilló Julia Brisson acariciando el cabello húmedo de su cónyuge. Batines, pijamas en torno, y alguien preguntando por el doctor Daves, que se acercó.

Virgil Arnold masculló:

—¡Infiernos! Él es un doctor, ¿no? Déjele funcionar, Duncan.

—Todo suyo doctor —dije, levantándome.

Deslizó Daves la mano bajo la muñeca de Brisson, y dijo:

—No late el pulso. ¿Cómo fue, Duncan?

—Estaba en el fondo de la piscina, doctor. No sé cuánto tiempo llevaba, pero sí sé que ahora necesita respiración artificial. Lo demás es perder el tiempo.

—No servirá de nada —denegó Daves—. Es un caso cardíaco. Buster tenía suerte ya de sobrevivir a su corazón.

—¿Y lo puede diagnosticar simplemente tocando un pulso que no late?

—Estoy familiarizado con el caso de Brisson.

—Pero, ¿no hace usted nada contra los ataques cardíacos, doctor?

—Realmente, yo estoy aquí en una especie de fin de semana. Ni siquiera traje mi maletín, aunque me temo que tampoco hubiera servido...

Atajé, volviendo a arrodillarme:

—Yo no entiendo de Medicina, pero veo a un ahogado que puede revivir si le ayudan. Usted atienda a su corazón, doctor, que yo le trabajaré los pulmones.

Mientras iba presionando costillas, atrayéndolo por los codos,

obligándole a alzar el torso, iba pensando. Trataba de leer algo en los rostros arracimados en torno.

Una esposa silenciosa, arrodillada. Los demás rostros, expresaban ansiedad. Y cierto miedo. Cuando ocurre un accidente los testigos se colocan mentalmente en la piel del accidentado, y no es agradable.

Pero generalmente cuando los testigos son amistades, se nota cierta pena, o lástima o tristeza. Allí no había nada de tales sentimientos. Solo ansiedad y miedo.

Para mí, Brisson era un ser humano al que había yo sacado del agua. Yo nunca había fallado con los que sacaba del agua, pero era porque tenía tiempo de verles hundirse.

Arnold me reprochó que no cediera el ahogado al médico. El doctor Daves estaba dispuesto a certificar la defunción. Julia Brisson no lloraba. Evelyn estaba a mi espalda, o sea que no la podía ver.

Mitzi Arnold me daba la impresión de que si alguien hubiese pasado con una bandeja de emparedados, hubiera cogido uno con gusto.

Sugerí quedamente, volviendo el rostro hacia Evelyn:

—Es mejor que te lleves a Julia dentro —tenía que tutearla ante los demás.

Asintiendo, Evelyn colocó un brazo en torno a los hombros de Julia y se la llevó a la casa. Miré al doctor:

—Llame al *sheriff*. Creo que esta vez no voy a tener suerte.

Daves miró a Arnold, y después me contempló:

—No creo que sea necesario, Duncan. Como miembro del Colegio de médicos firmaré el certificado de defunción.

Seguí trabajando, pero advertí:

—Creo que está algo confundido, doctor. Esta es una muerte accidental, no natural. Y ha de telefonar a la autoridad competente.

Volvió a consultar con la mirada, y se fue con el matrimonio Arnold.

Olga Carter se quedó. Chinelas blancas, pijama granate, y un batín que era un portento costoso en el arte de envolver sin cubrir.

—Está muerto... Quiero decir que no tiene posibilidades, ¿eh, señor Duncan?

—Muy pocas —y la miré para ver cómo reaccionaba. Vaya...

Todo el muestrario. Lágrimas, el pañuelito presionado, temblorcillos... Una buena escena en el melodrama cuando la cámara enfoca a la actriz sacudida por la pena.

A mí me reventó, porque la escenita venía a destiempo. Invité:

—Vaya a la casa y vea si puede ayudar a Evelyn a cuidarse de Julia.

Se fue y yo seguí con mi rutina. A veces, un ahogado parecía más muerto que Cleopatra, y una hora de paciencia del que le cabalgaba, lo podía convertir en apto para seguir viviendo.

No sé el tiempo que pasó hasta oír el sirenado del coche policial. El doctor Daves y Arnold formaron el comité de recepción.

Dos individuos altos y huesudos acudían. Ellos tenían también su rutina. El más macizo se inclinó, tocando la sien de Brisson, y alzándole un párpado. Sacudió la cabeza. Yo me levanté diciendo:

—Bien, ya probé más que nunca.

Presentó el doctor:

—*Sheriff* Jenkins, señor Manners, señor Duncan.

Sacudimos diestras. Jenkins era el más macizo, un cuarentón al que no sería oportuno escupir en el ojo. Parecía lento, pero seguro. Un hermoso buey que podía convertirse en toro bravísimo.

Su ayudante, más joven y veloz de mente, me sonrió, miró después al abogado y volvió a ponerse triste. Un par de buenos policías del Oeste.

—Sería cuestión de obtener detalles —dijo Jenkins pausadamente—. Hora y cosas por el estilo. Más tarde llegará el Coroner, y de momento será preferible no tocar al señor Brisson.

Alguien había traído una manta y la tendió Manners cubriendo a Brisson. Fuimos a sentarnos bajo el toldo.

Nos advirtió Jenkins:

—Tomen unos minutos para recapacitar, mientras estudio la piscina. No había estado por aquí antes, aunque desde la colina vi varias veces esta piscina.

Dio una vuelta a la piscina, mirando en torno. Volviendo, se sentó, colocando sobre una mesita una libreta, y esgrimió el lápiz.

—Pura rutina, señores, pero requerida por la Ley. Como dice el doctor Daves, estos casos cardíacos pueden romper en crisis si el sujeto está nadando. Si no hay nadie a la vista, termina así —y el lápiz señaló hacia la manta que moldeaba a Brisson—. ¿Quién le vio por última vez?

Dije:

—A menos que alguien estuviera aquí cuando él se hundió, ¿quién puede asegurar que fue el último en verle con vida?

—De acuerdo —admitió Jenkins con buen humor—. ¿Quién vio al señor Brisson en la hora última antes de que fuera extraído? Y por cierto, ¿quién le sacó del agua?

—Las dos veces gano yo —reconocí, y expliqué lo de Brisson haciendo prácticas de zambullida, y como fui por un tentempié.

—Ya... Y como el doctor Daves especifica que el muerto tenía el corazón enfermo...

—¡King!

Todos miramos hacia el ayudante Manners que, arrodillado, miraba bajo la manta, y añadió:

—Es mejor que eches una mirada, King —y como alguno de nosotros se levantaba para acompañar a King Jenkins, añadió el ayudante—: Solo.

King Jenkins se detuvo y nos hizo la señal de rutina:

—Esperen aquí.

Fue a inclinarse, miró bajo la manta, susurraron él y su ayudante, y cuando volvieron a tender la manta, el aspecto de Jenkins era distinto.

—Una piscina extraña —comentó, sentándose de nuevo—. Por cierto, que en sí todo es extraño en este rancho. Brisson tenía mucho dinero, creo.

Nadie replicó. El *sheriff* Jenkins ya no tenía nada de indulgente. Nos miraba por turnos: al doctor, a Arnold, a mí, al cadáver bajo la manta.

Después fue a la silla en que estaba el albornoz de Brisson, y registró los bolsillos. Regresando dijo con firmeza:

—Cuanto más veo, menos me gusta. Eddie, quédate aquí hasta que llegue el Coroner. Nosotros nos vamos a la casa.

Le seguimos en fila india y silenciosa. El filipino trajo café. Jenkins envió a buscar a las mujeres. Estuvo ausente un rato largo. Daves y Arnold se apropiaron del sofá, y al llegar Mitzi Arnold se sentó entre los dos, susurrando.

Olga Carter entró como una reina del cine, y adiviné que había consumido media hora en peinarse, vestirse y comprobar que la costura de sus medias estaba donde debía estar.

Se sentó cerca de mí, y poco después Evelyn se sentaba al otro lado mío. Pese a todo, me encontré a gusto a gusto entre aquellas dos Venusinas, contrastándolas.

—¿Qué sucede, Cliff? —me preguntó Evelyn—. El doctor dijo que...

—Y el *sheriff* dijo que encontró otra cosa. No sé qué, pero cambió de pensamientos.

Olga Carter pasó sus largos dedos por su larga melena ardiente:

—¿Cree que Buster... ha sido asesinado?

—Está haciendo comprobaciones.

Entró Jenkins, y volvía a parecer bienhumorado:

—Rutina. Solo para obtener una idea clara. Hemos establecido que Duncan vio a Brisson una media hora antes de que fuera sacado muerto. ¿Quién le vio a Brisson después que Duncan fue por su emparedado?

Unos segundos de silencio, y Jenkins apremió:

—Vamos, vamos... Alguien debió ir a la piscina, después que se fue Duncan. Piensen pronto. Aproximadamente entre once treinta y medianoche.

Nadie quería hablar, y entonces Jenkins se hizo más blando:

—Bien, entonces tenemos que aclarar dónde estaba cada cuál. Empezaré por el doctor Daves. ¿Hace tiempo que Brisson padecía del corazón?

—No sabría decirlo sin consultar mi archivo.

—Pero usted le trataba, ¿no?

—No dije que Brisson estuviera bajo mi control —se advertía que bajo la pantalla, “nosotros del Colegio de Médicos” se iba a amparar bien—. Indiqué tan solo que Brisson padecía del corazón. Yo no practico aquí, sino en San Diego.

Más blandamente aún, recordó Jenkins:

—Usted dijo que tendría que consultar su archivo, doctor.

—Porque hace años me consultó.

—Bien, estaba aquí como invitado. ¿Amigo personal de Brisson?

—Exactamente, *sheriff*.

—¿También ustedes dos? —y miró el *sheriff* al matrimonio Arnold.

—Eso es —afirmó Virgil. A falta de palillo masticaba una brizna de hierba.

—¿Cuál es su profesión, señor Arnold?

—Suministros en metales. En Los Ángeles.

—Bien... Y ahora, señor Duncan...

Le conté que yo era salvavidas playero, y que siendo amigo de la señorita Parks, había venido como invitado de una invitada.

—¿Salvavidas? Entonces puede ayudarnos, Duncan. ¿Vio a Brisson nadando durante el día?

—Todos le vimos. Le gustaba nadar.

—Ya... Pero siendo usted un profesional, dígame, ¿cree posible que Brisson se ahogara accidentalmente?

—Se olvida usted del corazón, *sheriff*.

—Bien, este es el prisma por el que mira el doctor, pero yo quiero saber a través de su prisma, Duncan.

—Nadaba bien para un hombre de su edad. Pero generalmente

los que se ahogan son buenos nadadores. Cualquiera puede tener un calambre, o darse un cabezazo... De todos modos, la autopsia lo dirá, *sheriff*.

Jenkins se acarició la mejilla. Pasó a Olga, que nos expuso que a edad muy temprana ya era una sirena en los jardines de Florida, después pasó a una compañía de revistas y por último al cine.

Pasó Jenkins a Evelyn, y ella contestó mirándome:

—Trabajo en una tienda de modas femeninas. En Hollywood. Casa Parks.

—Ya...

Me puse a pensar en el “Cadillac”, en su equipaje... Ella debía ser la gerente de los fondos. Pensé en el tipo que decía que había empezado como botones y en seis semanas había llegado a vicepresidente. Clamaba que debía su triunfo al rudo trabajo, eficiencia, pupila para los detalles, estudio constante, y al hecho de que su padre era el dueño del negocio.

—Bien... —comentó Jenkins—. Todo parece regular y normal, salvo un pequeño detalle. Dice usted, Duncan, que le enseñaba a zambullirse saltando, cuando le dejó. ¿Algún salto especial?

—No, simplemente un tijeretazo.

—¿Puede darme una idea de cómo se practica?

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

—Pues dónde entra la moneda.

—¿Qué moneda? —inquirí atónito.

Brisson tenía un dólar de plata en su mano cuando murió. Sigue teniéndolo. No creo que lo necesitase para practicar saltos.

—Naturalmente que no. A menos que hiciera como los portuarios y los chiquillos. Tirar una moneda y pescarla.

—Es que no tiene moneda alguna en los bolsillos de su albornoz. Y hablando con su esposa, ella no recuerda que nunca se zambullese Brisson pescando monedas. Excúsenme un instante.

Se oía el motor del coche aproximándose a la casa, y salió, pero le pregunté:

—¿Puedo ir a vestirme?

—Vaya, pero vuelva aquí, ¿eh?

Fui a ducharme, me sequé, vestí y peiné. Recordando que antes de las once en la ventana había estado yo haciendo saltar un dólar de plata en mi diestra. Un juego maquinal.

Había colocado el dólar de plata sobre la cómoda. Busqué, me puse a cuatro patas, levanté la alfombra... y por fin ya sabía dónde había ido a parar mi dólar de plata.

Lo tenía Brisson en su crispada diestra.



Eramos candidatos a la cámara de gas...

CAPÍTULO IV

Empecé a fumar como una locomotora. Veamos... Si yo pensaba matar a Brisson me zambullo tras él, lo sostengo bajo el agua, blandiendo un mazo o porra envuelta en trapo, lo dejo inconsciente, y le coloco el dólar de plata en la diestra, cerrándole bien apretados los dedos.

Encontré papel y lápiz en un cajón. Cogí seis cuartillas y en lo alto de cada una escribí un nombre: Virgil Arnold, Mitzi Arnold, Doctor Daves, Olga Carter, Julia Brisson, Evelyn Parks.

Evelyn Parks me había traído. Decía que para descubrir el misterio de Julia Brisson. ¿O para tenerme a mano como coartada?

Guardé las cuartillas y regresé al *living*. Allí estaban cinco de los seis sospechosos. Faltaba la viuda. Hablaban todos animadamente, y al entrar yo se hizo un silencio, de esos que dicen los novelistas que se puede cortar con un cuchillo.

Exhibí la mejor de mis sonrisas:

—Sigamos chismorreando, ciudadanos. ¿De qué iba? Dijo Evelyn:

—Alguien indicaba que nadie te vio sacar a Brisson de la piscina, Cliff.

—Cierto, y ¿qué significa? ¿Tiene alguien una idea genial?

Virgil abrió los gruesos labios, cambió de idea y miró la pared.

Su fornida esposa atacó como Toro Sentado blandiendo el hacha de guerra:

—Usted dice que Brisson se zambullía cuando usted fue por un emparedado. ¿Cómo sabemos que usted no le golpeó, empujándole luego al agua?

—Una pregunta sólida, señora. ¿Y cómo Sé yo que ninguno de ustedes le golpeó en la cabeza a Brisson e hizo lo mismo? La hilera de cipreses está a poca distancia de la piscina en un lado. Pasó una media hora larga, y cualquiera de ustedes acechando el momento oportuno entre los cipreses, pudo saltarle encima a Brisson.

El doctor Daves me asestó un grueso índice:

—Pero usted insistió en la respiración artificial, pese a que yo diagnosticué la defunción. ¿Escondía con ello algo, Duncan?

—¿Qué podía yo esconder con la respiración artificial?

—Mucho, Duncan. Huellas en Brisson, como, por ejemplo, cabellos, y también suponiendo que usted estrangulase a Brisson, o

le aplicase rodillazos en el estómago. Con el masaje le quitaba las marcas. Estuvo usted unos cuarenta minutos masajeándolo, y cualquier marca de violencia pudo así desaparecer.

Y frotándose los lentes con el pañuelo, me dedicó Daves una mirada de búho complacido.

—Se olvida, doctor —arguyó, con firmeza, Evelyn—, que Duncan carece de motivo.

—Como todos nosotros, querida —baló la señora Arnold.

—¡Infiernos! —gruñó Virgil—. Ninguno de nosotros tenía motivo para suprimir a Brisson.

—Infiernos, no —sonreí—. “Usted es una de las que van allá a oler la quema”... ¿Se acuerda, Virgil? Nadie tiene motivo, oh, no... Solo que todos hemos venido a oler la quema, según le dijo usted a Evelyn ante mis orejas. ¿Recuerda?

Virgil volvió a mirar la pared con furia reconcentrada. Hasta entonces, una persona no había dicho ni media. La pelirroja Olga. Me parecía que tenía mucho más sentido que las “estrellitas” de cine. Estaba pensando en largarle una indirecta sobre lo que Brisson había dicho de “caídas y accidentes”, cuando entró el plácido *sheriff* King Jenkins.

—El Coroner se ha llevado a Brisson para la autopsia. De momento, nos atendremos a la versión de que se ahogó por ataque cardíaco. Como todos ustedes han venido para, el fin de semana, no es preciso que les recomiende que sigan aquí. Parecería de mal efecto, que de pronto alguno de ustedes recordara de pronto que tenía negocios urgentes en cualquier ciudad alejada. ¿Captan la onda? Bien, celebro que todos cooperen quedándose hasta nuevo aviso. Y si nadie objeta, me gustaría sacar las huellas digitales.

Tenía sesos el *sheriff*. Nadie iba ahora a objetar que le sacasen las yemas de los dedos. Veinte minutos después se las llevó, deseándonos buenas noches.

Me puse a pensar en el doctor, que agarrando el pulso de Brisson, afirmó que ya estaba muerto y que no había remedio. Anunció Evelyn:

—Saldré a respirar un poco de aire.

Yo me levanté, para acompañarla. Le dije a Daves:

—Hay una vista espléndida desde aquí del punto llamado Mac Burney. ¿Lo conoce, *doc*?

—No.

—Yo supongo que habiendo estado aquí antes, usted ha visto el punto de Mac Burney.

—No lo he visto ni he oído hablar de él, ni mucho menos voy a

pararme a contemplarlo esta noche, Duncan.

Cali fuera, tronchándome por dentro. ¿Conque un doctor no conocía el punto Mac Burney, eh? La luna plateaba el parque. Miré mi reloj:

—Son las dos, Evelyn. El personal está bien entrenado, pase lo que pase.

El filipino estaba maniobrando en el aparato de drenaje de la piscina.

—¿Crees que Brisson murió de un ataque cardíaco? —me preguntó ella.

—Lo que sí sé cierto es que aquí hay dos de nosotros que no somos lo que dijimos.

—¿Daves?

—No sé cuál es su nombre, pero si es doctor, yo soy Gina Lollobrigida. Aparte de que se limitó a tomarle el pulso a Brisson como un muchacho explorador, no sabe que el punto Mac Burney está entre el hueso de la cadera derecha y el intestino. Es el punto donde presionan los médicos para reconocer la apendicitis. Cualquier estudiante de Medicina de primer año sabe lo que es el punto Mac Burney. Yo lo sé porque me operaron. Y Daves afirmó muy serio que no iba a salir para contemplar a la luz de la luna el espectáculo Mac Burney.

—Dijiste que había aquí dos que no eran lo que decían. ¿Cuál es el otro?

—Yo. No soy detective, sino lo que dije a Jenkins. Un salvavidas playero en verano, de piscinas en invierno.

Lo tomó bien. Inhaló humo, lo exhaló, y comentó por fin:

—La Agencia Kruger dicen que es la más seria de Los Ángeles.

—Y lo es. Lo que pasa es que Kruger debió figurarse que tu caso carecía de importancia. Tiene buen personal, pero unos son viejos, otros gordos, y otros demasiado detectives para ocuparse de una esposa retenida en un rancho libre. Kruger pensó en mí, que dos años antes fui a pedirle trabajo.

—Pero me dijiste que Kruger firmaba cheques desde hace doce años para Duncan.

—Para Duncan Rod, mi hermano.

Siguió ella fumando en silencio. Por fin resolvió:

—Bien, estamos en el lío juntos, Cliff. Trataremos de salir de él.

—Gracias. Y voy a necesitarlo, porque el dólar de plata que se guardó Brisson me pertenece.

Le expliqué mi juego maquinal del dólar saltando en el aire en mi ventana, y su desaparición.

—Pero, ¿quién quiere complicarte, Cliff?

—Más que complicarme a mí, quien lo hizo quiso salvarse él. O ella. Bien, mañana será un día duro. Conviene dormir.

Caminamos con las diestras entrelazadas. Inconscientemente. Le solté la mano ante su habitación, nos sonreímos, y pasé a mi cuarto. Bajé al bar de la cocina y en el teléfono marqué el número de “Larga Distancia”. Pedí el número de Santa Mónica, donde a tales horas mi hermano Rod estaría roncando. El telefonista me dijo:

—... Le llamaré, señor.

—... Prefiero esperar sin colgar.

No quería que el timbrazo despertase a nadie. Poco después una voz soñolienta mascullaba que Rod Duncan estaba dormido a medias.

—... Soy Cliff —y ahuequé la mano en torno a mis labios y la boquilla—. Abre bien las orejas, hermano. El dueño de la casa donde he acompañado a la Venus de Bolsillo está muerto. Parece que asesinado.

Mi hermano gruñó, totalmente despierto:

—... Resume, cachorro.

Resumí, hasta lo del dólar de plata. Y pregunté:

—... ¿Pueden sacar huellas en una moneda que ha estado en el agua?

—... Si estabas apuntado en la moneda, sigues en ella, y Jenkins se enterará. Me pongo en contacto con Kruger. Echará chispas, y le está bien empleado por enviar allá a un novato.

—... Pero el novato está aquí. Toma nota de los nombres de los invitados y a ver qué sacas en limpio.

Le dicté los cinco nombres, añadiendo después a Julia Brisson. Añadí también:

—... Y funciona de prisa, porque si yo fuese el *sheriff* Jenkins, a la hora del desayuno, Duncan estaría barriendo su celda.

Colgué, y disponiéndome a salir, me sentí fascinado por algo que había en el suelo. Una colilla. Apagada con el tacón, pero el tabaco aún tibio. Un leve matiz de lápiz labial.

En mi cuarto traté de pensar en que Eva había estado escuchando, pero en la cama se estaba tan bien que me dormí.

Me pareció no haber dormido ni un minuto cuando alguien estaba golpeando mi puerta.

—Ya va, ya va —protesté.

Fui a abrir. Eddie Manners, el ayudante del *sheriff*, me anunció tétricamente:

—El *sheriff* quiere verle ahora mismo. Le espera en el *living*.

—Bueno, pero primero tengo que cepillarme los dientes y el cabello, ¿no?

Eddie Manners entrando, cerró la puerta, y dijo legalmente:

—Espero aquí.

Me quería tener a la vista.

CAPÍTULO V

Me lavé la cara, me cepillé los marfiles bucales, y pregunté:

—¿Qué motiva el ansia del *sheriff* Jenkins, Manners?

—El *sheriff* se lo dirá. Vaya aprisa, por favor.

—La higiene es ante todo.

Me duché y afeité. En la puerta del cuarto de baño, Manners parecía tener hormigas en los pies y fondillos. Ya refrescado, seguí a Eddie hacia el *living*.

King Jenkins me señaló una silla:

—Solo rutina, Duncan. Por ejemplo, ese padecimiento del corazón de Brisson. Algunos parecían saberlo, otros parece que no. ¿Usted qué?

—Creo haberle dicho que vine como amistad de una invitada. No le tomé la presión arterial a Brisson.

Estaba el pleno completo. Miró Jenkins a Julia Brisson:

—Hasta ahora parece que solamente el doctor Daves sabía que Brisson sufría del corazón. Nadie más lo sabía, ni siquiera usted, señora Brisson.

No contestó Julia, ni nadie. Se rascó Jenkins la mandíbula.

—¿Y la autopsia? —pregunté yo.

—Están en ella, y nos darán pronto el dictamen.

A hora temprana mi oficina fue llamando doctores de la comarca. No hay muchos. Por fin, dimos con un doctor que en los últimos dos años examinó por tres veces a Brisson. Parece ser que Brisson era muy cuidadoso con su salud. Dietas, gimnasia apropiada, análisis de jugos cada seis meses. El doctor Laurent era su favorito. ¿Y saben algo? El secreto de la enfermedad de corazón de Brisson era tan secreto, que ni el propio doctor Laurent lo sabía.

La mandíbula inferior de Arnold cayó al murmurar:

—Quiere usted decir que...

—Exacto. Si Brisson padecía del corazón no era del corazón que inspeccionó hace pocos meses el doctor Laurent. Lo cual me pone ante un problema, doctor Daves. Creo que resultará interesante oírle hablar, doctor.

Daves se aclaró la garganta:

—Actualmente, *sheriff*, no sería ético discutir el dictamen del doctor Laurent —y levantándose, Daves empezó a pasear ante la chimenea y estantes laterales—. Como usted puede comprender, las

enfermedades cardíacas, pues... tienen diversos aspectos contradictorios que... bien...

El filipino apareció y, mirando a Jenkins, comunicó:

—Una llamada telefónica, señor.

Jenkins siguió al filipino, y en el umbral, se volvió:

—Mientras estoy ausente, doctor, trate de aclarar sus explicaciones, porque hasta ahora no ha dicho usted nada en concreto.

Se fue Jenkins y Daves se desplomó en un sillón, con aspecto de estar meditando a todo gas sobre los malditos problemas de un corazón sano.

Aparqué junto a Evelyn:

—¿Qué tal dormiste, Evelyn?

—No bromeas, Cliff. Esto es muy serio. Estoy pensando en lo que dijiste anoche —y bajó la voz—... sobre el doctor Daves. Me parece que tenías razón. No habla con competencia.

Palmoteó su diestra, en asentimiento.

Cuando regresó Jenkins, se leía en su curtida faz que acababa de oír algo decisivo. Tenía, la expresión del jugador de póker que habiendo visto el *full* de ases del vecino, sostiene un póker.

—¿Bien, doctor Daves?

—He decidido exponerle los hechos, *sheriff* —dijo Daves lentamente—. No existe motivo para callarme. He hecho un gran esfuerzo para evitarle a la señora Brisson una pena adicional —y dedicó Daves una leve reverencia a Julia, que bajó los ojos hacia la alfombra—. Era cerca de la medianoche cuando oí griterío en la piscina... Corrimos hacia allá, y Duncan estaba inclinado sobre Brisson. Naturalmente, en mi condición de médico, fui requerido para prestarle asistencia al accidentado, pero apenas le cogí el pulso comprobé la muerte. Ahora bien, Buster Brisson era un buen nadador, y estando arrodillado tomándole el pulso... pues experimenté la sensación de que algo no era correcto... de que no era un accidente.

—Ya —y Jenkins me dedicó una miradita.

Evelyn me apretó la diestra, Como yo, veía venir...

—Se dio cuenta de que no era un accidente, doctor —apuntó Jenkins.

—La señora Brisson estaba junto a Buster, y yo no quería mortificarla más, declarando que su esposo había sido asesinado. Por esto, dije lo primero que se me ocurrió. El corazón. Si hubiera dicho la verdad, el asesino se hubiese escapado.

—Un momento... —intervino el ayudante Manners.

Pero el doctor Daves alzó la mano con sonrisa inteligente, sin embargo, sudaba un poco:

—Su joven ayudante está a punto de decir que me ha sobrado tiempo para declarar la verdad, *sheriff*, desde anoche. Es cierto, y lamento no haberlo declarado antes. Anoche dije que estaba dispuesto a extender el certificado de defunción, para no alarmar más a la señora Brisson... ni poner sobre alerta al asesino. Intenté que Duncan dejara de manosear el cuerpo, pero él persistió y es bien evidente que sus esfuerzos aparentes tenían un motivo.

—¿Cuál? —quiso saber Jenkins.

Daves habló en tono doctoral, persuasivo, sobre huellas que yo borré en cuarenta minutos de trabajo sobre un cadáver. Preguntó Jenkins:

—¿No pudo persuadir a Duncan que abandonase sus masajes, doctor?

—Lo intenté, pero fue inútil, y hasta se permitió una jugada fuerte. Insistió en que llamásemos al *sheriff*, convencido en su aplomo de que nadie se había dado cuenta de sus manejos. Y ahora debo excusarme, *sheriff*, por no haberle contado antes todo esto, pero es que Duncan con su actitud me sacó de quicio, y quise jugar al detective, esperando la ocasión de desenmascarar personalmente a Duncan. No debí hacerlo, aunque me excusa mi intensión que era la de entregarle al asesino, *sheriff*.

Gruñó Jenkins:

—Me halaga que por fin confiase en nosotros, doctor. Pero no acaba de estar todo claro ni mucho menos.

Y entonces la pelirroja intervino a mi favor:

—*Sheriff*, aquí somos varios los que pudimos tomar parte en cualquier acto, ¿y cómo puede usted basarse en lo que diga uno de nosotros?

—Eso es —afirmé yo—. ¿Cómo puede nadie basarse en nada de lo que diga, nadie? Gracias, Olga.

—¿Cuál es su opinión, jovencita? —preguntó Jenkins.

—Simplemente que si el doctor no era sincero cuando ofreció extender el certificado sin llamar a la policía, entonces ha perdido la ocasión de hacer fortuna, porque en Hollywood pagan muy bien a los que pueden desempeñar un papel con la convicción que anoche puso el doctor Daves en sus palabras.

Daves fingió una risita humorística:

—¿Una estrellita queriendo sacar deducciones? No someta a excesivo trabajo su cerebro, jovencita. Puede darse cuenta del lío en que me he metido pretendiendo yo mismo trabajar policíacamente.

Olga le largó una mirada desdeñosa, y después le dijo al *sheriff*:

—Me gustaría oír la opinión del señor Duncan.

—Eso es, eso es —aprobó Jenkins—. Estoy dispuesto a oír a todo el mundo, y quizá más de una vez. Adelante, Duncan.

Miré a Daves.

—Podemos empezar con su breve diagnóstico de anoche, *doc*. ¿Breve? Prácticamente inexistente, ¿te importa explicarnos qué clase de doctor es usted?

—Mi clasificación profesional no está sujeta a su aprobación, Duncan —rebatí Daves, envarado—. Soy radiólogo.

—Por lo tanto, no es usted doctor en Medicina.

—Un radiólogo es un especialista, y poseo el título médico. El *sheriff* puede comprobarlo cuando desee.

—Ya está comprobado —aseveró Jenkins—. Tiene un laboratorio de Rayos X en San Diego. Enviamos un telegrama. Mi teléfono no ha parado de funcionar. Y acaba de llegar el informe forense de autopsia. El corazón de Brisson estaba intacto, recio y sólido.

—¿Entonces se ahogó?

—No, hijo, porque ya estaba muerto cuando cayó al fondo de la piscina. No había agua en sus pulmones. De momento, podemos eliminar a las damas aquí presentes. Brisson fue estrangulado, tal vez con una toalla de baño y empujado al agua. No era ningún niño, pero tampoco puedo imaginarme a ninguna de las damas presentes consiguiendo estrangular a Brisson y empujarlo al fondo de la piscina.

Y dedicó Jenkins una cariñosa ojeada a su ahora reducida lista de posibles candidatos para los ejercicios de gimnasia respiratoria en la cámara de gas de San Quintín: Virgil Arnold, doctor Daves y Cliff Duncan. Pero pareció elegirme como ganador de la competición. Forcé una sonrisa:

—Si le da igual, *sheriff*, me gustaría desayunar, ya que preveo que la sesión va para largo.

—Y tanto, para alguien en particular —insinuó Mitzi Arnold con abrumadora elocuencia significativa, asestándome una ojeada asesina. Preferí no discutir con la rolliza señora Mitzi. Dije:

—Tengo entendido que el desayuno se sirve en la terraza.

Asintió la viuda, yéndose hacia la cocina, para regresar anunciando:

—Van a servir el desayuno. Si alguien quiere asearse un poco...

Se dirigió hacia la terraza. El matrimonio Arnold fue hacia su habitación. Después salió Daves. Jenkins y su ayudante salieron a la terraza. Yo cogí por el codo a Evelyn, y se nos unió Olga.

—Gracias por su ayuda, señorita Carter —dije.

—Olga —me sonrió.

Yo murmuré que me llamaba Cliff, y Evelyn echó en el sombrero su nombre de pila, lo cual le valió una sonrisa calurosa de Olga, que comentó:

—¡Este Daves!... Anoche quería impedir cualquier posibilidad de salvar a Brisson y ahora ha hecho lo imposible por echarle las culpas, Cliff.

Yo asentí. Me hablaba a mí, pero miraba a Evelyn. Bajo su cuidada melena roja, Olga tenía un seso de dieciocho quilates. Para todos, Evelyn y yo habíamos venido juntitos, y Olga no quería enemistarse con Evelyn.

Los tres nos sentamos en torno a una mesita, y el filipino empujó el carrito de suministros.

Durante media hora me dediqué de lleno al jamón, huevos estrellados, jugo de naranja, café y tostadas. Me limité a decir que sí, que no, y que podía ser. Ellas charlaban muy a lo mujer. Hablando mucho sin decir nada.

Yo pensaba en que tenía en contra al *sheriff*, a Daves y a la pareja Arnold. En cambio, Olga estaba a mi favor. Quedaba Julia. Enigmática, esbelta, pero fuerte, deportista...

El desayuno general había acabado ya. Me atacó Jenkins:

—O sea que anoche usted, Duncan, colocó a Brisson boca abajo sobre el césped aquí mismo —y señaló hacia donde Brisson ocupó en la hierba su última cama—. Le dio respiración artificial, y seguía dándosela cuando llegué. Sin embargo, el doctor Daves especificó la muerte sin lugar a dudas.

—Demasiado deprisa, *sheriff*. Apenas palpó el pulso lo declaró muertísimo. Tal vez tocase el pulso, pero ni siquiera abrió la mano. Una mano donde dijo usted, *sheriff*, que había un dólar de plata.

—Él es doctor.

—Radiólogo —corregí.

—¡Pero con título de médico! —subrayó Daves, sulfurado.

—Entonces estaba usted enterado de que el pulso de un abogado es con frecuencia demasiado débil para localizarlo en su muñeca. Cualquier médico de aldea lo sabe.

—Pero es que resulta que Brisson no se ahogó —me hizo notar Daves.

—Esto... tal vez lo sabía usted entonces —dije con mala baba—, pero los demás no lo sabíamos. Al menos yo, y por esto me esforcé en arrancarle la respiración. Cosa a la cual se opuso usted contra toda regla, Daves.

—Está usted alterando mis palabras, Duncan —barbotó Daves.

Eso es lo que quería yo. Ponerle rabioso. Apreté más el fuelle:

—El *sheriff* no nos dijo que Brisson no murió ahogado hasta hoy. ¿Cómo podía usted saberlo anoche, Daves?

—Un momento, Duncan. Como miembro del Colegio de Médicos, juzgué que Brisson estaba muerto. Ya expliqué por qué di una razón falsa.

—Repito, ¿por qué le pareció tan evidente que Brisson estaba muerto?

—¡Duncan! —bramó Daves—. Como profesional supe que Brisson estaba ya muerto cuando fui requerido. El pulso, y otros factores...

—Pare ya de desbarrar, ciudadano —le atajé—. Usted no es doctor. Ni siquiera sabría diferenciar una pierna rota de un ojo a la funerala.

Daves aguantó la respiración. Jenkins me miró como si acabara yo de decir algo irreverente, y el rostro de Manners expresó ascético reproche, al advertirme severamente.

—Esta mañana se comprobó que Daves era doctor, Duncan.

—Ustedes comprobaron que tenía un despacho de radiólogo. Pero no han comprobado sus credenciales.

—¡Un momento, un momento! —rabió Daves, en cuyo rostro redondo había matices tornasolados apuntando a sandia—. Lo que acaba de manifestar roza la difamación.

—¡Anda! ¿Y qué roza su manifestación de que yo asesiné a Brisson? ¿Es acaso una prueba de fiel cariño hacia mí, *doc*?

—Vamos, vamos —apaciguó Jenkins—. Así no se llega a ningún punto...

—Hablando de puntos —sonreí sarcástico—. Anoche el doctor Daves no tenía la menor idea del punto Mac Burney, y cualquier doctor está tan familiarizado con Mac Burney como el chofer con su volante. Vamos, doctor, sude un poco más explicando esto.

Daves se pasaba el pañuelo por la frente, después fingió pasarlo por sus lentes, y al colocárselos, contrató:

—Cuando se acabe esta lamentable situación, me querellaré con el señor Duncan judicialmente.

Pero estaba hecho papilla. Aquel asalto lo había ganado yo. Jenkins, preguntó:

—¿Qué es eso del punto Mac Burney?

Señalé con el pulgar a Daves:

—Él es el doctor, ¿no?

—Conteste, doctor Daves —pidió el *sheriff*.

—Contesto que Duncan debe visitar a un psiquiatra.

—Eddie... —solicitó Jenkins a su ayudante—. Quédate aquí tomando el sol mientras pego yo un telefonazo.

Yo me acerqué a la piscina, remoqué mis dedos en el agua, los alcé y el aire seco del desierto los reseco. Fumé un cigarrillo. Evelyn y Olga también. Julia no aceptó.

—Chico listo —susurró Evelyn.

—Afortunado —sonreí complacido—. Está hecho papilla el doctorcito.

—Y todo triste —sonrió Olga—. Fíjense... El matrimonio Arnold se ha enfriado en su amistad con el doctor Daves.

Era cierto. Los Arnold estaban apartados de Daves. Susurraban entre sí, como dos concejales que habían apoyado en la elección local al candidato perdedor.

Reapareció Jenkins, y Daves demostró la misma esperanza que un hombre en la celda del condenado a muerte, viendo llegar al verdugo.

—¿Y bien? —baló Daves.

—Pues telefoneé al doctor Laurent preguntándole lo del punto Mac Burney. Le dije cómo era posible que un doctor no lo supiera, cuando él me explicó lo que era. Me contestó que un doctor que desconociera esto, era como un *sheriff* ignorando lo que era un par de esposas.

Jenkins se echó atrás el ancho sombrero, pasándose la manga por la frente, y volviendo el sombrero a su sitio, expuso:

—Resulta que Mac Burney es el punto donde aprietan todos los médicos cuando uno se queja de dolor de tripas. Lo hacen para ver si es apendicitis. Es rutina. Creo, Daves, que ha de explicarse.

Daves miraba el césped. Hablaba como un bolsista arruinado:

—Lo comprobaría usted de todos modos. Estoy practicando bajo un diploma falso. Puedo practicar la radiología, ya que en el ejército trabajé como técnico en Rayos-X...

Casi sentí pena por él. De pronto dijo algo raro:

—Pero no se crea que soy el único que está bajo el pulgar de Brisson. O estaba... Todos estamos en el mismo bote. Todos los aquí presentes temían a Brisson, y no voy a ser yo el único sospechoso por el asesinato. Yo no le maté. No lo maté, ni sé quién lo hizo. Pero sí sé una cosa... Arnold, la estrellita de cine, todos... estaban comprando un seguro a Buster Brisson.

—Seguros era el negocio de Brisson —apuntó Jenkins.

—Pero es que nosotros estábamos obligados a comprarlo, *sheriff*. Primas pagadas al contado, nada de cheques. Íbamos pagando,

siempre pagando, pero Brisson no nos dio nunca la póliza. Puro chantaje.

CAPÍTULO VI

Evelyn exhaló un hondo aliento, y Arnold imprecó entre dientes. Olga Carter me miró cariñosa:

—Este Cliff es un portento.

—Un momento —dije yo—. Fui operado de apendicitis, pero ¿qué tiene que ver Mac Burney con que diga Daves que todos estamos en el mismo bote?

—Este Daves —rio Olga—. Está ahora tan a presión que es capaz de asegurar que también el *sheriff* estaba sometido a chantaje por Brisson. Hacen falta evidencias para que yo piense que los aquí presentes estaban en el mismo limbo de chantaje que Daves.

—Gracias —rio también Evelyn.

—¿Chantaje? —la pregunta procedía de Julia Brisson. Se apoyaba en el respaldo de una silla y miraba a Daves—: ¿Quiere usted insinuar que mi esposo le sometía a chantaje?

—Es exactamente lo que ha afirmado Daves —replicó Jenkins—. Y añadió que el resto de los invitados están aquí bajo la misma opresión. Creo que puede usted ayudarme, señora Brisson.

—Yo no puedo creer que Buster no... Es imposible que Buster... —y grandes lagrimones perlaron las pestañas de Julia. Corrió de pronto hacia la casa.

Evelyn corrió tras ella, la enlazó por el talle, y ambas desaparecieron en el interior de la casa. Jenkins arqueó las cejas:

—Adelante, Daves. Está bastante comprometido. Por de pronto, uso de falso título. Solo le puede favorecer la pura verdad.

Daves se aflojó un poco el cinto en torno a su tripita. Los Arnold intercambiaron una mirada nerviosa.

—Recuerde, *sheriff*, que no soy el único en tener motivos para desear la muerte de Brisson. Aquí hay media docena de sospechosos, con los mismos motivos que yo para desear la muerte de Brisson. Tenía un despacho, y recogía dinero. Solo en esto parecía un hombre de negocios. Pero era un chantajista. Se aprovechó porque sabía que yo no era médico.

—¿Lo supo cuándo y cómo?

Cabeza gacha explicó Daves que antes de la guerra era dependiente en una zapatería de una pequeña ciudad de Ohio. Había un laboratorio de Rayos-X junto a la tienda.

Empezó a envidiar al propietario del laboratorio. Un médico,

pero el que trabajaba era su ayudante. Se ofreció Daves a precio inferior. Erwin Daves fue así aprendiendo, y el ejército le acabó de dar los estudios.

—Terminada la guerra instalé mi propio laboratorio.

—¿Credenciales? —pidió Jenkins.

—Un diploma falso —murmuró Daves.

—¿Dónde lo obtuvo?

—En Kansas.

—¿Quién se lo proporcionó?

—En un cuarto de hotel. Yo no conocía al que me lo vendió, que quiso que su rostro permaneciera en la oscuridad. Pagué cinco mil dólares en billetes pequeños. Después encuadré el diploma, hice tarjetas, papel con membrete profesional... Hasta que un día vino a mi laboratorio un tal Simpson. Yo no sabía que había estado hospitalizado durante la guerra en la base donde yo prestaba mis servicios. Miró el diploma, y dijo que yo era todo un talento. Un diploma de médico fechado en el 46, o sea un año después de la guerra, en la que yo solo era un asistente. Vino días después a pedirme dinero prestado. Doscientos dólares. Le dije que no, porque sabía que Simpson carecía de valor, y para ser chantajista hace falta valor. Creí que renunciaba, pero un mes después vino Buster Brisson desde Los Ángeles a visitarme.

—¿Cómo se enteró Brisson?

—Supongo que Brisson tenía un agente en cada ciudad. Agentes a la caza de secretos, supongo.

Se interrumpió porque llegaba Evelyn, a la que preguntó Jenkins:

—¿Cómo está la señora Brisson?

—Quiere estar sola unos instantes. Estoy segura que no tenía la menor idea de que Buster era otra cosa que un agente de seguros.

—Lo comprendo —dije yo.

Virgil Arnold exhibió una mueca sardónica, removiendo su palillo.

—Y un infierno, Duncan... Si me pregunta, le diré que ella conocía perfectamente a su marido.

—¿Quiere usted decir que ella sabía lo que Buster sabía sobre usted, Arnold? —le pregunté.

—No he dicho esto. Por lo que a mí concierne, Daves habla por su cuenta. Yo estaba aquí como invitado personal de Buster. Éramos buenos amigos, muy buenos amigos.

—También era usted un gran amigo de Daves hace media hora.

—¿Cómo podía yo saber que Daves era un impostor? —se quejó

Arnold.

—Después aclararemos lo suyo, Arnold —prometió Jenkins—. Estábamos ahora aclarando cómo Brisson pudo enterarse del asunto que Simpson quería explotar. Explíquese, Daves.

—Brisson montó su negocio con astucia. Propagó el rumor de que pagaba bien informes, asegurando silencio al informador. Servidumbre descontenta, empleados amargados, amigos reñidos a muerte... Brisson pagaba por cada informe privado, según su valor. Después valoraba su silencio. Dos veces por año me llamaba: "Doctor, he estado pensando en su seguro. ¿Por qué no viene a mi rancho y discutiremos la nueva prima?" Claro, yo no me negaba. Pagaba quinientos dólares semestrales. Mil por año me sacaba Brisson. Tenía que entregarle el dinero en billetes pequeños, viejos, sin relación numérica. Y así me aseguraba que Brisson no delataría que mi título era falso.

Se secó Daves de nuevo la frente y los lentes. Añadiendo:

—Ya he dicho la pura verdad. Ahora debe usted inquirir en los demás. Yo no maté a Brisson, y no tenía más motivos que los demás. Yo podía pagar la tarifa que Brisson me fijó. ¿Qué sacaba Brisson de Arnold, de Duncan, de Olga? ¿Qué le sacaba a la rubita junto a Duncan? Ella ha venido aquí varias veces.

Jenkins suspiró, y con la mano señaló a Manners que volviera a sentarse:

—De ahora en adelante hemos de ir despacio. Por de pronto, comprenderá, Daves, que hemos de denunciarle al Colegio de Médicos. Ellos tomarán la medida legal pertinente. Pero mientras quede por aclarar quién mató a Brisson, está usted pendiente de mi investigación. Sigamos con usted, por ejemplo, Duncan.

—Yo soy inocente y virginal. Amigo de la señorita Parks, que no es invitada de Brisson, sino amiga personal de Julia y...

—La dama se explicará por su cuenta, Duncan. Después. Ahora es usted el que tiene que explicarse, sobre usted mismo. ¿Cuánto le pagaba a Brisson y por qué motivo?

—¿O sea que yo forzosamente le pagaba a Brisson por un motivo?

—Así es, hijo —me sonrió el *sheriff*.

—Bien, pues resulta que yo tenía mi oficina en la playa. Venían a verme los esposos deseando librarse de sus cónyuges. Doscientos dólares por cabeza de ahogado, era mi tarifa. Por dos cabezas, hacía rebaja. Cobraba solo trescientos. Niños y militares, media tarifa. ¿Le hace feliz, *sheriff*?

—Eso no le lleva a ninguna parte, hijo. Tengo mucha paciencia,

pero sin abusar. Cállese, y conteste rectamente sin pitorreos.

—De acuerdo, pero no insista en que me chantajeaba Brisson. Yo no vine invitado por los Brisson.

—¿No le conocían los Brisson?

—No. Y nunca estuve aquí antes de ayer.

—Lo comprobaré preguntándole después a la señora Brisson. De momento, doy por buena su declaración.

—Yo no —intervino Mitzi Arnold con voz de nevera—. Todo no es tan rosa como suena entre Duncan y la Parks. Por ejemplo, ayer por la mañana, cuando Virgil y yo veníamos hacia aquí, nos paramos en la cafetería. Al salir, vimos a la pareja Duncan-Evelyn sentados en el “Cadillac” de ella. Llevaban rato allí. Pero no salían, sino que estaban en el coche amartelados. Al acercarnos para entrar en nuestro coche, dejaron de hablar..

Yo no escuchaba. Miraba una chimenea echando humo. Una chimenea instalada aproximadamente en el cuarto del matrimonio Brisson. Y cerca del mediodía, con aquel calor seco, no consideraba yo que una chimenea fuera necesaria...

También se dio cuenta Eddie Manners, que chilló:

—¡*Sheriff!* Fíjese...

El *sheriff* King Jenkins miró, se fijó, y saltando en pie emprendió una carrerilla seguido por todos nosotros. Yo le gané por varias cabezas, y repiqué sobre una puerta, clamando:

—¡Julia! ¡Abra!

Jenkins acudió embistiendo. Su hombro rebotó, pero al segundo impacto la puerta se abrió.

Julia Brisson se sentaba ante el hogar, mirando la llama azul. Los papeles que había ido amontonando ya estaban reducidos a cenizas. Jenkins hurgó con el atizador, intentando sacar algo.

Lo único que sacó fue una esquina de sobre chamuscado.

CAPÍTULO VII

King Jenkins reprochó:

—Así no nos ayuda a encontrar el asesino, señora. Considero superfluo preguntarle qué ha quemado.

Julia miraba la alfombra, pero señaló el disco de metal abierto en la pared.

—Lo quemé todo. Todo lo que estaba en aquella caja fuerte, *sheriff*.

Manners miró el interior de la caja, y dijo lastimosamente:

—Totalmente vacía.

Jenkins estudió unos instantes a Julia, y por fin comentó:

—Debe haber leído algo para cerciorarse de qué era lo que quemaba.

—No leí nada... Cuando supe que Buster vivía de los secretos de nuestros invitados... me sentí muy avergonzada. Tardé en pensar lo que debía hacer. Y por esto dije a Evelyn que quería estar sola. Vacíe la caja. Contenía bastantes sobres, cerrados, con un nombre escrito en una esquina. Leí tres o cuatro, los suficientes para saber que eran de invitados que habían estado aquí en diversas ocasiones. Lo quemé todo.

—Escuche, señora Brisson. Un hombre ha sido asesinado. Era su marido. Si yo supiera quiénes le pagaban por su silencio, me facilitaría la tarea.

—No puedo ayudarle, señor Jenkins. No abrí ningún sobre, y no leí ningún nombre que fuese el de nuestros actuales invitados.

—Bien, señora. Necesito ahora registrar este cuarto. Eddie, acompaña a la señora Brisson al patio con los demás invitados.

En el patio aparcamos bajo los parasoles. Julia quiso estar sola. Los demás se tendieron en las hamacas tumbonas, cerrando los ojos, pero nadie dormía. Lo sabía yo por mí mismo.

Me tenía mosca el dólar de plata.

Y todos los allí presentes. Porque cualquiera de ellos podía haber acabado con el chantajista. Yo no descartaba a las mujeres, como aparentemente hacia Jenkins.

Olga era calculadora, de cuerpo firme y ágil. Mitzi Arnold era rolliza y robusta. Evelyn... pues también era fuerte, y hay mucha energía nerviosa en una mujer encolerizada. Julia... Me parecía la más inocente. Del género dócil, sumiso...

Lo curioso es que descartaba ya a Daves. Era un timador, y si quería que la muerte apareciera como accidental, se explicaba. No deseaba investigaciones que conducirían al chantaje en que era maestro Brisson.

Me adormilé, despertando al ruido de un coche que entraba. Bajó una mujer de aspecto severo, a la que acompañó Jenkins diciendo:

—Señora Brisson, le presento a la señorita Adams, de mi oficina. Necesito asegurarme que usted no deslizó ningún sobre entre sus ropas, señora. La señorita Parks puede ir con usted y la señorita Adams, la cual... registrará sus ropas, señora.

—¿Quiere usted decir... que me registrará?

—Eso es, señora. Pudo usted guardar algún sobre, y no quiero que nadie después pueda acusarla de haberlo hecho. O sea que es en su propio bien, señora Brisson.

No le quedaba a ella más remedio que aceptar, y se fue acompañada por Evelyn y la oficinista. Jenkins la tomó conmigo:

—Al parecer, usted no tenía la menor relación con Brisson, siendo estrictamente un invitado de la señorita Parks. ¿Qué tiempo hace que la conoce?

Durante nuestro viaje, ella y yo habíamos acordado nuestra historia, por si había preguntas. Claro que no suponíamos que las iba a hacer un *sheriff*. Al menos, yo no.

—Hace tres meses nos conocimos. Un amigo mío, Jack Burton, iba con su novia y Evelyn cuando tropecé con él.

—¿Cómo se llamaba la novia de su amigo Jack?

—Glenda O'Brien.

Pareció satisfacerse Jenkins, que no llegaba a nada en limpio interrogando a Virgil Arnold, cuando llegó con Evelyn la señorita Adams, informando que la señora Brisson no ocultaba nada parecido a sobres ni papeles en su ropa.

—Veamos, señorita Parks. He estado oyendo al señor Duncan explicándome cómo la conoció hace unos tres meses...

El *sheriff* fue relatando exactamente lo mismo que yo dije, hasta que llegando a un punto, me miró a mí sin dejar de hablarle a Evelyn:

—... todo concuerda, pero sigo pensando que fue Brisson el que invitó a Duncan, porque según la señora Brisson, su marido estuvo en la ciudad hace una semana, precisamente el lunes hasta la madrugada. Duncan dice que usted y él cenaron en un restorán llamado "Tirol", en la esquina de Arellano con Bulevar Rochet. Yo no creo que usted y él cenasen allí solos, sino que acudió Brisson, y

Duncan miente al decir que solo conoció a Brisson ayer.

—No, no... Cenamos juntos y solos Cliff y yo, en el “Tirol” tal como ha explicado Cliff, y Brisson no estaba allí... —se interrumpió Evelyn.

—Oigan... —intervine—. El “Tirol” es un sitio muy concurrido, y pudo ser que...

—No se enreden más, parejita —aconsejó Jenkins—. Cada vez que voy a Los Ángeles, acudo al “Tirol”. Y siempre está cerrado los lunes. O sea, que los dos tratan de concordarse mutuamente, pero han fallado, ya que no podían estar cenando en el “Tirol” un lunes.

—No ocultamos nada referente a Brisson, *sheriff*. Pero si tratamos de concordar es porque el señor Duncan está contratado por mí y lo presenté como invitado mío aquí. Es un detective.

El ayudante Eddie Manners resopló:

—Vaya, hombre. Un chismoso profesional. Lo que faltaba.

Jenkins se rascó una curtida oreja, y comentó:

—Todo el mundo parece ponerse de acuerdo para ayudarme. Por de pronto, usted, Duncan, límitese a contestar mis preguntas, y no trate de enseñarme mi profesión. Empecemos por su licencia.

Rod me había dado una de sus tarjetas de identidad, pero no iba a servir con el *sheriff*. Solo hubiera servido para sospechosos asustados. Declaré:

—No la tengo. Me empleó la Agencia Kruger y los papeles no estaban aún extendidos.

—Bien, se comprobará. Pero exactamente, ¿qué era lo que tenía que investigar, Duncan? ¿También la señorita Parks estaba bajo el pulgar de Brisson? ¿Y usted le quitó el peso Brisson de encima?

—Oiga, *sheriff*, no vuelva a creerse que yo...

Evelyn me colocó la manita encima del brazo, sacudió la melena, y atacó:

—Yo puedo explicarlo, *sheriff*. Nunca nadie me ha chantajeado, y mis fines de semana aquí, eran solo motivados por el deseo de ver a Julia. Ella y yo hemos sido amigas desde la infancia y...

Con firmeza explicó sus cosas, sus preocupaciones sobre el encierro de Julia apartándose del mundanal ruido, de los invitados forzosos, y terminó con el incidente Arnold en el café de la carretera.

Miró Jenkins a los Arnold, y Mitzi manifestó altivamente:

—Nosotros éramos íntimos de Brisson. No veníamos a pagar ningún...

Atajó Jenkins:

—La versión de la señorita Parks indica lo contrario. ¿Señorita

Carter? Exactamente, ¿cuál era su relación con Brisson?

La pelirroja habló con espléndida tranquilidad:

—Negocios, *sheriff*, parece irónico, pero es así. Yo no venía a pagar dinero sino a recogerlo. Un día, Brisson visitó a mi agente, que me presentó. Y Brisson me propuso que pasase un fin de semana en este rancho para reposar. Dijo que siempre tenía invitados, y que una mujer como yo animaría las reuniones. Acepté como cualquier actriz acepta acudir a una fiesta aburrida, a base de unos honorarios. Esta era la tercera vez que yo venía y me gustaba, porque además de reposar, ganaba unos honorarios.

Parecía clarísimo. Jenkins dijo que bueno, y que iba a hablar con la señora Brisson. Que nos podíamos retirar a nuestras habitaciones.

Nos retiramos. Me tumbé en la cama, fumando cigarrillos que no me daban ninguna pista, salvo el humo yéndose desde el techo a la ventana.

Me cansé y pensé que visitando a Evelyn estaría mejor. Agarraba el pomo de la puerta, cuando otra mano repicaba por fuera. Abrí y entró el *sheriff*:

—Bienvenido, *sheriff* —señalé una silla, y aparqué de nuevo en la cama—. Luce usted como alguien con algo en el cerebro.

—Poca cosa. Solo un dólar.

—Ah, ¿sí?

—Acaban de telefonarme sobre el dólar de plata que tenía Brisson en la mano. Lleva sus huellas digitales, Duncan. Y no me salga diciendo que usted y Brisson estaban jugando a cara y cruz al borde de la piscina. Busque un cuento bueno, por favor.

Dije la verdad. Cómo en mi cuarto, junto al balcón, estaba indeciso pensando si me bañaba o no, y la moneda saltaba en mi mano porque sí. Cómo después de muerto Brisson, vine a vestirme y no encontré el dólar. Apunté cómo alguien podía haberse metido en mi cuarto. Y acabé:

—No se lo dije antes, pero compéndalo. Póngase en mi lugar...

—Tal como están las cosas, por nada del mundo me coloco en su piel, hijo.

—Si es chiste, no puedo reírme, *sheriff*. Seamos prácticos. Si me pasé cuarenta minutos montando a Brisson, según Daves para borrar huellas, ¿iba a dejarle en la mano a Brisson un dólar con mis yemas? ¿Usted lo habría dejado?

Volvió a ser chistoso:

—No se trata de lo que hubiera yo hecho, hijo, porque por suerte, con mi ayudante, soy el único en tener coartada para la hora

en que fue asesinado Brisson. Yo estaba en mi pueblo... Bien, y vuelvo a mi pueblo, para volver esta noche o mañana... Para detener a uno. Ahora, hijo, eche una siesta y no se le ocurra marcharse.

Se fue. Dejé pasar tiempo y fui a llamar a la puerta de Evelyn. Me abrió. Sonriente, pero sin alegría. En su cama se sentaba Julia. Dijo Evelyn:

—Podemos confiar en Cliff, Julia. ¿Quieres?

Asintió Julia, y expuso Evelyn:

—Lo sabe Jenkins ya. Nadie más, porque el *sheriff* cree que lo tomarían como excusa los otros para irse.

—¿Cuál excusa?

—He visto aclarado lo que me intrigaba, Cliff. La razón por la que Julia no ha salido de aquí en dos años es sencilla... aunque lamentable. En realidad, Buster construyó este rancho, eligiendo este sitio, seco y sin humedad, porque la pantalla reveló que Julia rema manchas en los pulmones. Dos manchas. No han aumentado, y cree Julia que sanará del todo aquí.

—Y siento parecer tan egoísta al permitir que los invitados se expusieran a contagio —dijo Julia sinceramente.

—Bah, cuando vamos en autobús o en el metro, ¿nos ponemos a exigir la radioscopia de cada viajero? Y, en efecto, este clima es el ideal, Julia.

—Buster no quiso que nadie lo supiera. Yo creía que sus invitados eran, como decía, gente a la que él quería colocar un buen seguro... Y cuando venía Evelyn yo estaba tentada de decirle cuál era mi enfermedad, pero Buster me lo prohibía. Y yo solo empleaba la piscina, poco antes de que fuera vaciada; así nadie podía contagiarse. Buster no me permitía mucho ejercicio, solo bañarme para vivificar... Él era bueno conmigo, no se preocupaba por el posible contagio...

—Y yo deseo de todo corazón que pronto esté usted boyante, Julia —le afirmé—. ¿Nos vemos luego, Evelyn?

—Sí, después de la siesta. Es la piscina, ¿quieres?

Dije que sí, y me fui hacia mi cuarto, pensando en que Brisson, no amando al resto de la humanidad, amaba mucho a Julia. Un rancho para ella sola, en un clima seco, cuidándola... En fin, cosas del amor.

Abrí mi puerta, y me quedé pestañeando.

La esplendidez de pelirroja que era Olga Carter se desparramaba en el brazo del sillón junto a mi casto lecho.

Respingué primero, pensando en otra estrangulada. Pero Olga Carter me sonrió con mucha viveza. Estaba viva. Muy viva.

CAPÍTULO VIII

Cerré la puerta, y quise decir algo ingenioso. Pero solo acerté a murmurar:

—Hola.

Y es que la indina estaba hecha un brazo de mar. Pantaloncitos de nylon, sandalias tacón alto, una capa de baño de las modernas, o sea, a ras de lo alto de las piernas, haciendo juego con el bikini de nylon.

Me preguntó:

—¿Sorprendido, Cliff?

—Siempre que entro en mi cuarto tropiezo con media docena de estrellas de la pantalla desparramadas por los muebles. Si tengo los ojos saltones y la quijada colgante, es culpa de mi adenoides.

Me regaló una sonrisa fascinante:

—Necesitaba hablarle, Cliff. Estoy preocupada. Brisson ha sido asesinado y me temo que Jenkins es torpe; mientras, el asesino anda suelto. No puedo evitar sentir escalofríos.

Yo podía figurarme a Olga astuta, ingeniosa, coqueta, etcétera. Pero si había algo en que no la podía imaginar, era en el papel de asustada.

—Deje que Jenkins salte de pronto sobre el asesino, y no se preocupe, muchacha.

Tenía yo que sacar a Olga de allí dentro, por si Evelyn echaba un vistazo. No es que yo le perteneciera a Evelyn en alma y cuerpo, pero al fin y al cabo, ella pagaba por mi horario, y se me complicaría aún más la existencia.

—¿Damos un paseo, Olga?

Se distendió, aplastando el cigarrillo en mi cenicero. Fuimos al paseo entre los cipreses. Me habló de playas, piscinas, de los salvavidas... Pero yo notaba que iba a atacar el tema Evelyn. Lo hizo cuando nos sentamos en un banco rústico:

—Es evidente que usted es más que un detective alquilado por ella. Lo leo en los ojos de ella. Una mujer adivina antes, Cliff.

—Ni hablar. Ella está muy por encima de todo esto. Solo su “Cadillac” vale dos años de mis pagas. Hablemos de usted, llamita. ¿Por qué vino a mi habitación? ¿Por qué me interroga? ¿Dónde vamos a parar, llamita?

—Simple amistad...

—No la necesita. Tiene sus nombres en carteles luminosos. Yo soy un muchacho con músculos, pero nada más.

Susurró ella:

—Supongo que ya vio el resto del contingente masculino en este asilo retirado, ¿no? Arnold es vulgar y maligno. Daves fofo y poquita cosa. El *sheriff* está casado. Su ayudante también. Digamos que me agradan los mozos musculosos y simpáticos, Cliff. Digamos que ambos somos jóvenes y no nos preocupa el mañana. ¿De acuerdo?

—La marea ha cambiado, porque hace minutos me decía usted que estaba preocupada. Bueno, hábleme de su carrera estelar.

Empezó a contarme su carrera. Me sonaba la historia. Claro, era textualmente la misma que le enjaretó al *sheriff*. Y recordé a un viajante de comercio.

Era un memorión y largaba su disco de “A” hasta “Z” fenomenalmente. Pero si alguien le interrumpía, tenía que volver a salir, llamar de nuevo a la puerta, y empezar desde la “A”. Se le olvidaba lo de en medio.

No es que la pelirroja curvada como un modelo para calendario “Squire” fuese tonta. Ni hablar. Se veía solo que su historia se la sabía de memoria y no se apartaba ni una coma.

Cuando terminó me tendió la mano. La cogí, pero me puse en pie, por si acaso, y paseamos hasta el borde de la piscina.

—Tenemos que ser amigos, Cliff. ¿Qué vino a investigar aquí?

—Algo de información privada —declaré genialmente.

—¿Sobre quién?

—Acerca de usted, llamita —dije sonriente.

Me miró escrutadora. Oímos pasos. El matrimonio Arnold con Daves. Ella miró con desdén. El con ansia. Daves menos. Naturalmente ellos dos, miraban a la pelirroja, que murmuró:

—Supongo que bromea, ¿no, Cliff?

—Naturalmente. El *sheriff* dice que solo un hombre pudo acabar con Brisson. Ha eliminado de la competición a las muchachas.

—Parecen amigos de nuevo los Arnold y el doctor de pega.

—La unión hace la fuerza. Tal vez están afilando el hacha para quedarse con el cuero cabelludo de Cliff Duncan. Voy a ponerme el “Meyba”. Hasta ahora.

Fui a embutirme el calzón de baño y recoger una toalla. Cuando llegué a la piscina, Evelyn estaba tendiendo su albornoz blanco sobre un respaldo de silla. Me saludó secamente:

—¿Estuviste muy atareado, Cliff?

—Negocios, estrictamente negocios.

—¿Y tenías que cogerle la diestra a la pelirroja?

—Vamos a nadar, muchacha.

Me zambullí en el agua. Emergiendo vi a Evelyn encasquetándose el gorrito blanco.

Nadamos un poco, yo acompasándome a su ritmo. Flotamos un rato boca arriba, y entonces vi al ayudante Manners. No estaba mirando para aprender natación.

El pobre era humano, joven y su rostro era sincero. La Venus de Bolsillo le tenía absorbido. Después, cuando Olga paseó el borde de la piscina, Eddie empezó a congestionarse.

Por fin decidió volver la espalda y mirar hacia el desierto. Realmente, dos portentos femeninos, era mucho portento para un policía rural. Yo me defendía mejor, porque llevaba años de salvavidas.

Cuando nos tendimos a tomar el sol, susurré:

—Tienes un admirador ferviente en Eddie. Se camufla con una revista, pero no ha girado una sola página en diez minutos.

—¿Y solo tengo un admirador? —ronroneó ella.

Me puse serio:

—Yo te vi antes, y cuando tenga el primer millón, pasaré por los Grandes Almacenes de Modas Parks a ver si sigues soltera. Escucha, en vez de hablar de cosas personales, hablemos de la situación aquí.

—Prefiero dormir, Cliff.

Dormitó. Después la ligera merienda. Todo el mundo parecía dormir. Cenamos ligero. Y se me estaban acumulando ideas. Una muy curiosa.

Sobre Brisson, teniendo para sí totalmente a su esposa. Un Brisson muy cuidadoso de su salud, y sin embargo...

Seguía a Evelyn hasta su habitación, y en la puerta, dije:

—Tengo que pedirte algo, Evelyn.

—¿Sí?

Y entramos los dos.

—Vas a ser buena chica, y harás un poco de natación nocturna. Para que Eddie Manners te vea. De aquí a unos veinte minutos.

—¿Es que piensas investigar sobre Olga...?

—Ni hablar. Voy por otro camino.

Perdí de vista el camino, porque me incliné, la enlacé y nos besamos a fondo. Pasaron segundos maravillosos... Insinué:

—Puede que no acierte, pero si acierto me alegrará. Me refiero a una idea. Vas a la piscina y procura que Eddie te vea.

Pasé a llamar a la puerta de Julia Brisson. Le expuse algo, y me fui a la terraza. Eddie con su revista, giraba de vez en cuando una hoja, pregunté:

—¿Vendrá el *sheriff* esta noche, Manners?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque me voy a dormir —y arrugué la frente —tomé demasiado sol. Se lo comunico por si me necesitan.

Asintió y volvió a hojear. Yo entré en la casa, y dejé pasar más minutos. Evelyn estaba al borde de la piscina, y Eddie ya no hojeaba la revista. Pasé al garaje, y en el “Cadillac” ya estaba Julia sentada junto al volante.

Solté los frenos y a pie fui empujando. La ley de la gravedad funcionaba y por la pendiente se deslizó el “Cadillac”. Salté, me embutí tras el volante y solo cuando estábamos en la autopista, puse marcha. Roncó el motor y habló Julia:

—Es absurdo, Duncan. Hace solo tres meses que me hicieron la última radio. No puedo haber mejorado desde entonces. Además no encontrará ningún laboratorio abierto.

—Lo abriremos.

A las ocho, en Lancaster, en un bar cogí la guía. Fuimos al laboratorio de Rayos-X. Cerrado. En la puerta de al lado, nos dieron la dirección del técnico. Un tal doctor Harvey.

Simpático. Cara de científico despistado. Una esposa y una nube de chiquillos. Por esto, su chaquetón casero estaba muy viejo.

—Me llamo Cliff Duncan. Y necesito una radio urgente. Rutina. Comprobación de pulmones, doctor.

—No abrimos salvo casos de fractura. Mañana a las nueve en punto...

—Es para una amiga mía, que no puede volver mañana. Permítame...

Saqué de la cartera un billete de veinte, diciendo:

—Comprendo las molestias, doctor. El tiempo es oro. Solo quiero el clisé y mañana lo haré comprobar por un especialista.

Los ojos de Harvey contemplaron el billete. Veinte minutos después parecía otro con su batín blanco. Julia salió del biombo, con una blusa blanca. Yo le tendí un imperdible.

—Pínchelo en la blusa, Julia. Bajo, a media altura.

Lo hizo. Harvey encendió los trastos. Ella pasó tras la pantalla, y después él pasó a su laboratorio de revelar. Volvió a vestirse Julia, y me tendió Harvey un sobre marrón, tamaño grande.

Nos fuimos y esta vez cacé un especialista, después de telefonear a tres. Pidió triple tarifa. Examinó la placa en su cacharro, preguntando:

—¿Qué es este imperdible en la blusa?

—La señora se lo puso para estar segura de que esta placa era la

suya. Queremos saber cómo están las dos manchas.

—¿Manchas? Ninguna. Ni siquiera una erosión de tejido. Ni hay mancha ni nunca hubo la menor presencia de proceso tuberculoso en estos pulmones.

—Gracias, doctor.

Volví a guardar los clisés en el sobre, y Julia llegó hasta el “Cadillac” como si andase sobre nubes. Reclinó la cabeza contra el respaldo, y tardó en murmurar:

—Yo vi cómo el doctor Laurent leía otras placas mías, y me indicaba las dos manchas.

—Yo le hice prenderse el imperdible para que comprobase que no he hecho juegos de manos, y las placas que acaba de leer nuestro doctor, son de sus pulmones muy sanos. Usted eligió en la guía. Yo no conozco de nada a Harvey ni a Cronin. Dos doctores sinceros.

—Entonces... las otras veces era falso... Pero ¿cómo?...

—Buster no se valió de Daves, porque entonces este no hubiese pagado quinientos semestrales, sino que se los hubiera extirpado a Buster. Lo veo más sencillo. Buster consiguió placas de unos pulmones con dos manchas. ¿Dónde? No sé. Pero cuando con usted iba al doctor Laurent, este era sincero al leer manchas en las placas.

—Pero cada tres meses yo pasaba tras la pantalla, en Old Town.

—Sí, iba allá, pero las placas se las llevaba Buster.

Fácil dar el cambiazó, y eran las de otros pulmones las que ante usted leía Laurent.

—Buster... El que me adoraba... Buster que nadaba conmigo, Buster... nunca temeroso de contagiarse...

—Calma, Julia. Tómelo con calma.

—¿Qué lo tome con calma? Dos años, Cliff. Dos años metida en una cárcel, temiendo morirme... Dos años bebiendo solo limonada. “Debes conservar tu energía, Julia querida. Nada de alcohol, Julia adorada. Tienes que tener mucho cuidado, Julia, vida mía”... Tengo sed.

Bajó del coche, y yo también. La seguí al interior del bar, diciendo:

—Escuche, Julia... No vaya ahora a cometer tonterías... De acuerdo que durante dos años ha estado usted en una cárcel, temiendo morir de consunción. Pero ahora Buster ha muerto, y era su marido. La quería...

—Cliff, si lo que siento hacia Buster fuese impreso, la censura lo quemaría. Ahora... empieza para mí la vida de nuevo. Durante los dos últimos años me he inundado de limonada. Yo antes bebía con medida. Me gustaba un buen *whisky*. Sí, como este...

Se las había arreglado para señalarle al camarero un “Haig”, que por partida doble llenó nuestras dos copas. Se sopló dos raciones como quien silba. Yo soplé:

—Con calma, Julia, caramba...

Julia me sonrió afectuosamente, colocándome la diestra en el hombro:

—Muchacho, gracias a usted he resucitado. Hay que celebrarlo.

Saltó del taburete, y pasó a uno de los compartimentos tapizados de cuero ámbar. El camarero trajo el frasco y dos copas nuevas. Ya había pagado Julia, viuda Brisson, el frasco con generosa propina.

Julia, la apagada, sumisa, tristonra, iba resucitando. Volvía a ser la alegre soltera, que según Evelyn era muy sociable, divertida...

—¿Cómo se dio cuenta, Cliff? Usted me dijo solo que iríamos a comprobar si había mejorado, y yo siempre deseando mejorar... Pero usted no se sorprendió cuando el doctor Cronin dijo que mis pulmones eran de clase superior.

Rio infantilmente. Iba achispándose. ¿Iba yo a reprochárselo? Dije:

—Yo no bebo más, Julia. Y usted tampoco debería chupar como un crío abandonado tres días en el desierto.

—Fueron dos años, muchacho, dos años. ¿Cómo adivinó la canallada que me jugó mi difunto Buster?

—Fui viendo que era egoísta, y quería ser el hombre admirado. En la ciudad, sus cincuenta y cinco comparados con otros maridos más jóvenes, le podían a usted inspirar comparaciones perjudiciales. La pelirroja no recuerda invitados de aspecto potable. Evelyn tampoco. Entonces me empezó a carburar el seso. Buster no quería en torno a varones que pudieran dejarle a él en mal lugar. Claro, que primero yo creí que era puro amor eso de construirle un rancho para usted. Fui atando cabos después. Un chantajista de corazón duro. La amaba a usted, de acuerdo, pero a su modo, y la quería solo para él. Después faltaba una página de anuncios en una revista. La noventa y seis. Hormonas... Bien, comprendí que Buster era un marido con toda la barba.

Rio ella achispada, soplándose después el quinto *whisky*. Yo tenía otra idea entre cejas. Los sobres que buscaba el *sheriff*...

—Buster tenía veinticinco años más que usted.

—Veintiocho, muchacho, veintiocho más. Pero me pareció tan noble, tan señor, tan elegante... ¿Qué más, Cliff? Era un bribón, un bribón inteligente, pero lo sé ahora... Claro, que ya soy viuda... Y no puedo llorar.

—Bueno, ¿y si nos fuéramos a casita, Julia?

—No hay prisa —y se sopló el resto del frasco con elegancia.

Chasqueó los labios, me guiñó, y dijo levantándose:

—Deme el brazo, Cliff. Veo todo color de rosa, sí, señor, oh, sí, señor...

Camino del “Cadillac” se reclinó mucho, sin mala idea. Es que las piernas acostumbradas a limonada, estaban faltas de entrenamientos para soportar un frasco casi entero de “Haig”.

Puse en marcha, y ella trató de esquinarse erguida. Con grave solemnidad distinguida. Resultaba graciosa la pobrecita.

Saliendo de Lancaster miró ella hacia atrás, lanzó un beso y gritó:

—¡Juuu-piii! Tengo unos pulmones clase superior. Gracias a ti, Cliff. Sí, señor, oh, sí, señor.

Apreté el acelerador, y pregunté:

—¿Cómo empezó esto de ir a la pantalla para sus pulmones, Julia?

—Una noche volviendo de una fiesta, estaba cansada. Me dijo Buster que ambos deberíamos pasar por la pantalla, solo como precaución. Fuimos los dos a un laboratorio. Se llevó las placas y fuimos luego a un doctor especialista. ¡Maldito bribón de Buster...! Cambió mis placas... Y entonces, dijo que un rancho en clima seco, que pronto estaría construido, que yo no me preocupase... ¡Bandido!

—Bueno, puede que no fuera tan bandido. A lo mejor tú tenías algún admirador.

—Claro que los tenía, pero siempre fui una esposa correcta. Bailaba con otros, claro, pero nada más. Pero claro, Buster quería ser el centro de atracción. A veces discutíamos, pocas veces... Y cuando me construyó el rancho, trayendo invitados para no aburrirme, y hasta una piscina, porque me gustaba tanto nadar... ¡Dios! Es para matarle... Bueno, ya lo hicieron por mí. En paz descansen por los dos años de vida que me estafó.

No me convenía que se pusiera a meditar que los hombres éramos un caso. Pero ella misma se animó viendo rutilar el luminoso cartel cuya espuma de cerveza situaba el bar de la autopista:

—Esta noche tengo que celebrar mi vuelta a la vida, Cliff. Solo un poco de cerveza fresquita.

Paré el “Cadillac” y encontramos el oasis de un compartimiento en el solitario bar. Vino una camarera soñolienta, y Julia pidió cerveza, jarabe de fresa y ginebra.

Me puse a meditar para quién sería la fresa. Julia había pedido cuatro copas. En dos vertió la mitad de la cerveza, y en las otras dos copas añadió a la cerveza que quedaba, un poco de jarabe de fresa y ginebra. Brindó sonriente:

—Es puro néctar. Por tus cien años, Cliff.

Estaba sabroso, pero solo me bebí un tercio de mi copa. Ella completó las otras dos con ginebra y fresa, poniéndoselas cerca para que no cupieran dudas sobre quién iba a bebérselas.

—¡A mi nueva vida, Cliff!

Se sopló otra descarga de rayo suave. Yo iba ya reconstruyendo la vida marital de Julia. Un primer año pasable, y cuando Buster se dio cuenta que había muchos otros más agradecidos que él, se le ocurrió el truco de las manchitas en una placa.

Era indiscutible que quería para él solo a Julia.

Una hermosa cabellera negra, unos labios muy vitales... En fin, la viuda Brisson encontraría pronto su segundo marido. Que iba listo, si le proponía ir a verse por la pantalla.

De todos modos, alguien había matado a Brisson. Jugué con la idea de que Julia, pudiendo haber descubierto algo de los chantajes de Buster, este la hubiera condenado a exilio.

En cuyo caso, la viuda Brisson resultaba una potente candidata en la lista del *sheriff*. Susurró ella:

—¡Oh, chico, qué bello es vivir!

Mientras yo meditaba se había chupado los tres combinados de cerveza, fresa para despistar y ginebra. Cabeceaba sonriendo vagamente. Alarmado, decidí que un poco de aire de carretera le convenía.

Se puso a reír simulando frenar y tomar el viraje mejor, en los pocos metros que nos separaban del “Cadillac”. Logré encajarla en el asiento, pero cuando me embutí tras el volante, tuve que empujarla un poco con el hombro, y ella volvió a repetir entusiasmada:

—¡Oh, chico, qué bello es vivir!

A mí eso de aparcar al claro de luna con una pobre muchacha ansiosa de volver a ser joven y saludable, me tenía frito. Ronroneaba como una gata, mientras, yo, acelerando, procuraba que le diera el mayor porcentaje de aire.

—¿Dónde llevas ahora a bebé? —preguntó Julia, mimosa.

—Paseando, tú y yo. Hemos descubierto un lote de cosas, mientras el *sheriff* Jenkins sigue sentado, haciendo cábalas. Es un cretino. Unos cuantos sobres se le escaparon, ¿verdad? Nosotros dos somos ya socios, nena.

—Tú eres mi socio y yo soy tu bebé. Protégeme siempre, socio. Coloca tu fuerte brazo sobre mis hombros.

Bien, me quedaba el brazo izquierdo para el volante y un pie para pedal.

—¿Pudiste leer bien el contenido de los sobres, bebé?

—Mi viejo socio quiere sobres —rio ella en sacudidas—. El viejo socio no puede encontrar los sobres. El viejo *sheriff* tampoco. Solo la pequeña Julia.

Volvió a reír, incrustándose en mi hombro derecho. Tuve que parar, o sino nos estrellamos. Ella interpretó mi aparcamiento como muestra de pasión. Y murmuró:

—Siendo tú soltero y yo también, somos libres, socio. Libres como el aire de las cumbres, y la cumbre de los aires... ¡Qué bello es vivir!

—Fuiste una cocinerita hábil, quemando lo que no tenía interés, pero de modo que el *sheriff* se diera cuenta. Y luego leíste, o antes...

—No tuve tiempo de leer, viejo. Pero la pequeña Julia escondió bien, sí, Cliff, muchacho socio.

—Dile al muchacho socio de Cliff, cuéntale, susúrrale, Julia pequeña.

Le di un apretón para animarla, porque me estaba temiendo que de pronto el “Haig”, el lúpulo y el gin explotaran en su interior dejándola “k. o.”. Y ladeada me confió:

—Todos quemados, menos uno. Julita lo leyó todo, y se guardó uno para el *sheriff*... Después, ¡todo ardiendo, todo, menos uno! Uno para dar...

Lo que me temía. La explosión. Se quedó sonriendo, cerró los ojos, y me tomó por la cuna. La sacudí suavemente, pero qué va... Dormida como un tronquito.

Pude colocarla en su esquina, y volví a arrancar... También era mala pata. Cuando ya estaba en vena de confidencias, ¡zas, la explosión llevándosela al país de los sueños!

Por de pronto ella tenía un escondite. El *sheriff* y su oficinista habían registrado casa y persona, sin hallar sobre alguno. Era preciso que yo buscara aquel tesoro.

Llegando a la lateral corté gas, apagué faros, y conduje al mínimo de rumor, hasta aparcar en el garaje. Una quietud soberbia envolvía la mansión.

Cogí a Julia por debajo de hombros y rodillas, y caminando sobre la punta de los pies, llegué al vestíbulo. Y cuando estaba a cinco pasos de la habitación de Julia, el teléfono se puso a cañonear.

No podía llegar al teléfono sin que alguien más viniese, y mi

carga era comprometedora. Corrí a la habitación, empujé la puerta con el codo, y deposité sobre la cama a la viudita.

Bastaría con que le quitase los zapatos y le echara la sábana hasta el cuello. Estaba quitándole un zapato, cuando ella se sentó en la cama, me enlazó por el cuello, y me estampó un sonoro beso en plena frente.

—Muchacha, quieta, caray. Has de ser una niña buena y a dormir. Cliff te verá por la mañana.

—Cliff es un chico bueno, Cliff es un chico malo... ¿Qué hace Cliff en mi habitación?

—La pregunta es acertada, Duncan. Conteste a la señora.

Me revolví viendo a Eddie Manners en el umbral, que me contemplaba con aspecto escandalizado, al añadir:

—Le llaman al teléfono, y fui a su cuarto, donde no estaba. Pasando por aquí les oí hablar a los dos.

—Voy a por el teléfono, Manners.

—Y yo con usted, Duncan. La señora Brisson necesita dormir.

Salimos dejando dormir a la señora Brisson, que era ya Julia solamente.

CAPÍTULO IX

—... ¿Señor Duncan? —me pidió el telefonista. Dije que sí—. Lllaman de Los Ángeles. Hablen, por favor.

Otra voz:

—... ¿Cliff, cachorro? Rod al habla.

—... Me despepita oírte, hermano. ¿Qué has descubierto que valga la pena?

—... Nada todavía. Calentando los alambres telegráficos, pero hasta mañana no tendré los primeros informes. Kruger está que bota. No se figuraba que el caso de la Venus de Bolsillo tuviera la menor importancia, y por esto te eligió. ¿Qué hay de nuevo con Brisson?

—... Sigue cadáver. Y si Kruger está que trina, me tiene sin cuidado. Él envió a un nadador a tomar el sol, para ganarse un buen cheque, y si ahora hay un cadáver de por medio, me tiene sin cuidado Kruger. Díselo de mi parte.

—... Comprendo que estés mosca, cachorro. Lo que he leído en la edición de la tarde, me hace suponer que estás en un lío.

—... ¿Un lío? Qué va, hermano. Un lío es una cosa pequeñita... ¡Yo estoy metido en un fardo!

—Bien, te he llamado para que sepas que me estoy ocupando de los invitados, y aclararemos pronto todo.

—... Gracias, Rod.

Y Rod cortó la comunicación.

Permanecí con el teléfono en la mano, pensando en un cuento que Eddie pudiera tragarse. Dije al teléfono:

—... Muy bien, de acuerdo —y colgándolo me enfrenté con el ayudante del *sheriff*—: Usted desea saber por qué estaba en la habitación de la ex señora Brisson. Bien, no voy a disimular... Teníamos una cita, y salimos a beber un poquito. Ella se tomó una copa más de la cuenta.

—Las órdenes eran que no podía nadie salir de aquí, Duncan.

—Que nadie podía escaparse, pero aquí estoy. Y ahora me voy a dormir.

—Falta le hace.

—Buenas noches, Manners.

En mi cuarto, me lavé los dientes, hice funcionar la catarata de agua, me mecí en la cama, y por fin, pies desnudos, me deslicé

fuera. Hacia las piscina.

Si el cuarto había sido registrado, ¿dónde escondió Julia el sobre que contenía el nombre del asesino? En la piscina, seguramente. Recordaba que a media tarde había pedido una manta, pretextando frío.

Allí estaba la manta, enrollada. Pero sin sobre alguno. Había una cesta de costura. Nada en la cesta que tuviera aspecto de papel delator. Y, sin embargo, había un corte lateral. Reciente. Hurgué. Nada.

Si allí en aquel forro falso hubo sobre, alguien se me anticipó en quedárselo. Volví a la casa, y ante la ventana de Evelyn repiqué muy suavemente. Estaba medio alzada, y ella tardó en susurrar:

—¿Quién anda ahí?

—Cliff. Han ocurrido novedades.

Di la vuelta hasta la puerta, ella me abrió, y entré. Cerró ella la ventana, echó la cortinilla, encendimos pitillos y se lo conté, enlazados los dedos de nuestras diestras respectivas.

—Por la mañana podremos averiguarlo, Cliff —y de pronto rio ella—. Seguramente esta noche has tenido que defender con vigor tu virtud. Yo conozco a Julia, y sabiéndose ella libre...

—A mí solo tú me enardecas, amor mío.

Nos besamos. Yo ya había sido noble aquella noche. Bisar la nobleza era excesivo.

Después tanteé por el suelo en busca de mis zapatillas, y tropecé con un zapatito de tacón alto. Húmedo, con briznas de hierba. Y sin embargo, entre susurros, me había dicho que hacía ya tres horas que estaba esperándome en su cuarto.

Volví a besarla como despedida, y minutos después en mi habitación, me sentí molesto. Evelyn me había mentido al decir que no había salido en tres horas. Su zapato estaba húmedo y con briznas de césped.

Ya no podía dormir. La mujer en la que confiaba, me mentía. Era como en pleno sueño rosa, recibir un trancazo en la nuca.

Salí a dar un paseo. La piscina iba vaciándose, y el filipino atendía al drenaje. Me fui al bar de la cocina, y me serví café. La puerta se abrió y Eddie Manners se coló, diciendo:

—Le oí.

—El ojo que nunca duerme. Pronto va a ser usted un detective completo. Solo le falta una gorra con dos viseras, y así nadie sabe si va o viene.

—Je, je —silabeó—. Pensaba que iba a dormir, Duncan.

—No puedo coger el sueño.

Llevaba otra revista de músculos, con un Sansón en la portada que daba asco con aquellos bíceps que parecían jamones.

Decidí que tenía que dormir. Lo logré al poco de sumergirme entre sábanas. Al fin y al cabo, no hay desengaño de amor que resista a la fatiga física. Como dice el filósofo, el peor sufrimiento de amor se olvida cuando duelen las muelas.

Desperté mirando nubes sonrosadas en el cielo. Duchado, afeitado, me embutí en las franelas perneras, me ceñí la camisa hawaiana, y bajé a desayunar.

Eddie Manners ostentaba ojeras de noctámbulo. Erwin Daves mojaba tostadas en su café lechoso. Les saludé a los dos amablemente:

—Felices mañanas.

Manners aprobó con la cabeza, y Daves gruñó algo que tanto podía ser: “De acuerdo, o vete al infierno”.

Después encontré a Evelyn tendida junto a la piscina, vistiendo un azul de nylon que era toda una creación. Se lo dije. Y me contestó:

—Gracias, Cliff. Julia sigue durmiendo. Tendremos que esperar.

Me tendí en otra hamaca. Pasó un tiempo de esos huecos, hasta que me susurró:

—Compañía, Cliff.

La señora Mitzi Arnold se aproximaba, apretada en un vestido rosa. Pensé que si tosía le saltaban las costuras. Nos lanzó una mirada de esquimal, y se alejó hacia los cipreses, desapareciendo por la alameda.

Tres minutos después oímos el grito.

Salté en pie, emprendiendo la carrerilla hacia la alameda.

En el segundo banco rústico, vi a las dos...

Mitzi Arnold que continuaba gritando. Y en el banco, Julia Brisson, sentada, reclinando la cabeza contra un tronco.

Pero no estaba sentada normalmente. La cabeza le formaba un ángulo desagradable... y había como cables negros anudándose tras el tronco de árbol. Me detuve. Un alambre de esos de colgar ropa rodeaba el cuello de Julia y el tronco del árbol.

Rápido y neto. Nada de sangre, ni ruido, ni llamadas de socorro. El alambre cortando con el aliento, la vida.

Pasé tras el árbol, destrencé el nudo, y recogí a Julia a tiempo para colocarla en posición horizontal.

Estaba ya fría, no respiraba, y toqué su pulso maquinalmente. Estaba muerta, inexorablemente condenada a reunirse con Buster donde fuese, después de su breve estancia por la tierra.

Me mordí el labio, pesaroso. ¡Pobre Julia! Había sido una muchacha amando la alegría y la vida vibrante, hasta que un esposo excéntrico le robó dos años de existencia.

La noche anterior, con un salvavidas playero llamado Cliff, había recobrado la alegría de vivir, y en pocas horas... fin.

Un alambre retorcido en torno a un árbol.

Vagamente me di cuenta que había refuerzos, y Manners a mi lado, colgante el labio inferior, miraba a la difunta viuda Brisson.

—Mejor que envíe por el jefe —le aconsejé.

Iba a hacerlo, pero me miró más fijamente, y decidió quedarse junto a Cliff. Le pidió a Daves que fuese a telefonar. Daves partió a un trotecillo borriquero.

Extendiendo los brazos, Eddie retrocedió:

—Apártense. Nadie debe tocarla hasta que llegue el *sheriff*.

Fue una media hora muy pesada. Formamos dos tríos. Daves con el matrimonio obeso, y yo franqueado por Evelyn y Olga.

Cuando pasó lo que parecía un siglo, llegó el *sheriff* Jenkins a paso de carga, echando vapor. Miró a Julia, miró el alambre colgando, y dijo:

—Está en doble lazo muy grande.

—Anudado tras el árbol —expliqué—. Antes el doble lazo, reunía la garganta de Julia con el árbol.

—¿Quién lo soltó?

Yo y el *sheriff* nos miramos el blanco del ojo. Pestañeó él:

—Ahora, Duncan, no me diga que encontró el cuerpo y colocó sus huellas todo en torno.

—Suponga que usted la hubiese encontrado. Ella podía llevar así dos minutos o medio minuto. De todos modos, su aspecto era desagradable. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Quedarme quieto y esperar a que usted llegase de Old Town? Sea razonable, *sheriff*.

—Trato de serlo, Duncan. Usted no es detective, y está aquí con un pretexto falso. Pero se mueve demasiado. Y tal como se presentan las cosas no tengo el menor problema. Me basta con sentarme en mi despacho, esperar a que solo quede uno de ustedes, y entonces detenerlo, acusado de asesinar a los demás. ¿No es así, Duncan?

A eso sí que yo no sabía que contestarle, porque parecía que este era el panorama.

CAPÍTULO X

Jenkins le habló a su ayudante:

—Eddie, telefonee al Coroner. Traiga después una manta, y estará presente mientras yo interrogo a los invitados por si se les olvida algo.

Se marchó Eddie, y Jenkins mirando a Julia se quitó el sombrero. Aproximándose al tronco, pensó en voz alta:

—Marcas del alambre, no muy profundas. Y cualquiera puede agenciarse un alambre como este. Los hay en todos los percheros de alcoba.

Regresó Manners, y Jenkins me interrogó:

—Supongo que la encontró usted, ¿no, Duncan?

—Esta vez fue la señora Arnold.

Levantó el *sheriff* una ceja en dirección a Mitzi, y ella expuso que estaba paseando cuando encontró a Julia. Gritó y el señor Duncan acudió corriendo. Ella no había tocado nada.

—Me consta, señora —repuso Jenkins—. El que lo toca todo es Duncan. Bien, ¿cuántos vieron a la señora Brisson esta mañana?

Nadie contestó, y él saltó a la noche anterior:

—¿Quién la vio después de cenar?

Yo no contesté. Fue Evelyn:

—Julia estuvo en su habitación desde que usted se marchó, porque como es natural ella no quería estar con nosotros después que se descubrió que Buster sacaba dinero...

Yo miraba a Eddie, y Eddie me correspondía. Tuve que zambullirme:

—Comprendo que sonará mal, Jenkins, pero creo que soy el último que la vi, antes de que alguien le colocara el alambre. Anoche estuve con Julia, y paseamos un poco, porque... teníamos un motivo.

—Esto es un buen principio, hijo. El motivo.

Explicué nuestras visitas a médicos, el betestorio y cómo dejé a Julia durmiendo. Inquirió Jenkins:

—¿Y después se fue usted a dormir?

—Sí y no, *sheriff*.

Me tomé un ratito para encender un pitillo. No iba a explicar ante los Arnold, Daves y Olga, mi estancia con Evelyn.

—Yo no podía dormir, naturalmente, porque...

Daves me largó una pregunta criminal:

—Naturalmente no podía dormir... ¿pensando en Julia amarrada al árbol con el alambre? ¿Cómo puede saber el *sheriff* si usted no se deslizó a su cuarto, la trajo aquí hasta el banco, y le colocó el alambre en torno a la garganta, Duncan?

—Usted, doctor, ausculte a la víctima. A lo mejor sufría del corazón, y murió de crisis cardíaca —repliqué yo con dosis de sarcasmo.

Con firmeza intervino Jenkins:

—¿Les importará si me mezclo en la discusión? O sea que usted, Duncan, fue acostarse hacia la medianoche, ¿no?

—Bien, no... Me fui al cuarto después que me llamaron por teléfono, pero claro, Manners no sabe si estaba dentro.

—Estaba. Le oí —afirmó Manners.

—¿Cuándo le empezó el insomnio, Duncan?

—Hacia las dos quizá. Me paseé un poco, y fui al bar de la cocina. Manners seguía despierto.

Manners puntualizó:

—Eran las dos y dieciséis. Lo anoté. Fue a tomar café, y se marchó a las dos veintitrés.

—Le vio a las dos y dieciséis —refutó Jenkins—. Pero no pudo comprobar a qué hora dejó su cuarto.

—Eso no —admitió Manners —Desde la medianoche hasta que fue al bar, nadie le vio. Dos horas aproximadamente.

—Ya... ¿Quién más estaba despierto anoche? A parte de Duncan, ¿vio a alguien más anoche, Eddie?

Eddie dijo que no. Los demás también denegaron. Traté de no mirar a Evelyn. Solo quería oírla. Pero no dijo nada. Me puse a silbar suavemente.

Jenkins interrogó. Todos dormían. Menos yo y Manners.

Cuando el Coroner y los camilleros se llevaron a Julia, nos fuimos a la casa. El sol estaba alto, pero nadie tenía apetito.

Interrogó Jenkins a Evelyn. Y ella le soltó que después de nadar un poco, se encerró en su cuarto, leyó un poco y se durmió. Vaya, hombre... Claro que yo por viril galantería no podía desmentirla.

Jenkins miró a su ayudante:

—Ahora nadie sale de aquí, Eddie. Por una razón. No quiero a nadie paseando. Quédense en la casa y en la terraza principal. ¿Comprendido todos? Me sobra con dos muertos. Voy a Lancaster y Old Town para comprobar si es cierto lo que me ha explicado, Duncan.

Se fue. A mi lado, Evelyn me miraba. Yo sacudí la cabeza.

Susurró ella:

—Lo siento. Te he complicado mucho...

—Tómalo con calma, pequeña. Saldré de apuros. Podemos pasear un poco, ya que la terraza es zona permitida.

Me enlazó el brazo, y repiquetearon sus altos tacones a mi lado. Sus deditos fuertes resbalaron, aprisionando los míos.

Me agradecía que yo no hubiera mencionado que ella y yo estuvimos juntos una hora y pico. No era nada nuevo. Las mujeres bonitas, desde la época de mamá Eva, han convertido en tontos a los Adanes.

Claro que aquel profundo pensamiento no me consolaba mucho. Había dos muertos de por medio.

Mirábamos los ricitos sobre la piscina. De vez en cuando ella me asestaba un apretoncito en los dedos, y yo correspondía. Pero mi mente trabajaba solitaria.

De ahora en adelante, yo trabajaba solo contra todos. Nos acercábamos a los cipreses, cuando nuestros nombres resonaron a nuestras espaldas. Eddie Manners nos hacía señas de volver.

—El sabueso humano —comenté.

Nos sentamos al borde del césped. Preguntó ella:

—¿Por qué han matado a Julia, Cliff? Buster estaba llevando un negocio peligroso y su muerte es lógica. Pero, ¿por qué Julia...?

—Ojalá lo supiera —suspiré.

Mentía como un bellaco. Yo sabía por qué Julia ya no estaba en esta baja tierra. Estaba seguro de saberlo. Pero no me sentía obligado a decírselo a Evelyn Parks.

A mí no me había contratado para solventar un asesinato, y mucho menos dos. Lo que había pasado entre nosotros la noche anterior había estado bien, o no... La mentira no encajaba.

El asesinato de Buster había sido planeado de tiempo. El de Julia, precipitado por culpa de un sobre con un nombre en un ángulo.

—Cliff, estudiemos uno por uno a los de la lista, y veamos dónde encajan como culpables.

—Por ahora el que más lo parece soy yo —dije amargamente.

—Lo sé, Cliff, y lo lamento. Pero ambos sabemos que ninguno de los dos lo hicimos, y sabiéndolo podemos investigar juntos.

Bien, en la superficie podía ir con ella. Se metió con Daves, que era el que más ganaba con la muerte de Buster.

—No creo que sea Daves. Podía pagar los quinientos semestrales, y solo estaba acusado de título falso. Por cierto, ¿qué piensas de Jenkins?

—Imposible.

Durante media hora recorrimos la tribu entera. Solo conseguimos eliminar un sospechoso: Julia.

—Hay algo que no va bien, Cliff. No sé si referente a esta noche... o a algo que encontraste.

Me miraba como herida y en pie caminamos hasta una esquinita donde había un poco de aislamiento.

—Escucha, pequeña. Hay dos asesinatos y estamos en medio.

Me encontré con los brazos en torno a su cinturita, y sus manos en mi caja torácica.

“Cuidado, chico, no vuelvas a marearte” me dije severamente. Sonreí:

—Nadie puede decir que Cliff Duncan se oponga al romanticismo o que tú no seas la muchacha que se lo inspira. Pero Jenkins ha ido a buscar pruebas, y cuando vuelva, estará ansioso por colocarme las esposas.

—Pero, ¿qué pruebas puede hallar contra ti?

—Entrará en dos bares, donde le dirán que Julia se bebió un frasco casi entero, y yo solo un dedo. En el segundo bar, ella se sopló tres explosivos y yo solo un sorbito. ¿Y qué deducirá el *sheriff*?

—No comprendo...

—Que yo quería embeber a Julia para que hablase, teniendo yo la mente clara.

Resolló Evelyn:

—¡Dios mío! Parecerá como si tú deliberadamente embriagaste a Julia.

—Exacto, y no pensaré en nada de amoríos. ¿Te das cuenta, pequeña? Solo puedo estar aquí esperando a que Duncan saque a Duncan del apuro.

Me besó de lleno empujándose sobre la punta de los pies. Yo no estuve muy efusivo. Y apartándose me dijo:

—Cliff, sigues pensando en cosas equivocadas. Si no quieres decírmelo estás en tu derecho. Yo me voy a descansar un poco. Sí... si crees que en algo puedo ayudarte, házmelo saber porque estoy tan preocupada como tú mismo. Deseo que me creas.

Se fue en rápido taconeo, y yo me quedé turulato. Parecía tan sincera... Y sin embargo, le bastaba decir que yo estuve a solas con ella bastante rato, susurrando muy afectuosos...

Me tendí en el césped. Lo cierto es que Jenkins, Manners y Duncan estaban siguiendo una pista falsa. Todos pensaban: “¿A quién beneficiaban las dos muertes?” A mucha gente.

Multitud de chantajeados. Y las evidencias estaban quemadas, y

solo el asesino estaba vivo para saber lo que contenía el sobre delator.

Yo en Brisson no vi huellas de estrangulación. Claro que pudieron quitarle la respiración sin apretarle el cuello. Lo cierto es que tenía mi dólar de plata.

Me levanté y al borde de la piscina, remojé mi mano. Allí en el fondo, había yo encontrado a Brisson como durmiendo, sin saber que en su diestra apretaba mi dólar de plata.

Y de pronto di con la idea genial.

Como si la superficie de la piscina fuera una pantalla de cine. Vi cómo había muerto Brisson y dónde encajaba mi dólar.

Vagamente tuve consciencia de que un suave silbido escapaba a través de mis prietos labios. Yo creo que nadie sabe de fijo cómo funciona el complicado engranaje de los sesos, la materia gris, el encéfalo...

Uno se pasa días pensando en un problema y no saca nada. De pronto, deja de pensar, surge un relámpago y se ve la solución.

Una vez están los cimientos ya puede uno construir el rascacielos.

Vi a Brisson diciéndome adiós con la mano al borde de la piscina. Vi los cipreses. La muerte había venido de entre los cipreses. Esperando entre los cipreses, acechando...

Encendí un pitillo. Empezaba a oscurecer, y encendían luces en el *living*. Yo también tenía una luz en la sesera.

Ahora podía yo jugar la partida. Si era preciso un pequeño farol como en el póker, lo abatiría. Ahora Cliff Duncan llevaba el volante.



La viuda reciente, pasaba a hacer compañía a su difunto.

CAPÍTULO XI

Con las manos en los bolsillos empecé a pasear, con mi mente carburando bien. Cliff Duncan llevó a la pálida y bonita Julia a dos ciudades. La devolví sana y salva a su hogar.

Cosa que el *sheriff* no estaría dispuesto a admitir. Pero había el testimonio de Eddie.

Pasé a mi habitación para lavarme un poco antes de cenar. Una ducha, un cambio de ropa, y bajé al comedor donde dos días antes Buster y Julia Brisson atendían a sus invitados.

El filipino con chaqueta blanca estaba extendiendo cubiertos sobre el mantel. Pasé al bar de la cocina. Había bandejas de todos los tamaños, y una era pesada.

La examiné de cerca, devolviéndola a su rimero, y pasé al *living*.

Mitzi Arnold ocupaba el centro del diván, y a un lado del cuarto estaba Olga Carter leyendo un periódico, que dejó en su regazo, cuando encontré una silla y la cabalgué a su lado.

Me sonrió Olga:

—Muy atareado estos días Cliff, ¿no? Sobre todo de noche.

—Si alguna vez necesita a un detective activo, llame a la Agencia Kruger.

—Y contrataré a un salvavidas.

—No ha estado mucho entre nosotros, desde que Brisson se remojó con exceso, Olga. ¿No le han soltado los honorarios? Recuerde que usted calificó de trabajo con honorarios su actuación aquí.

—He estado también muy atareada —y aceptó el cigarrillo—. Traje un guion para estudiarlo. Será mi próximo film. Y parece bueno. ¿Querrá echarle un vistazo?

—Eso quiero, Olga. Pero como dijo Buster, hay muchas caídas y accidentes en el camino de las estrellas. Un trabajo precario, supongo... Un día en lo alto y al siguiente abajo. Al menos, esta era la teoría de Buster la noche que nos presentó.

Exhaló humo en voluta gentil y me clavó los ojazos:

—Tiene usted una memoria buena, Cliff.

—De elefante. Y lo que decía Buster no era una bobada, no. Las estrellas viven bajo un lente de microscopio. Publicidad, buena o mala.

—Creo que no le sigo, Cliff. Eso no lo dijo Buster, estoy cierta

que no lo dijo Buster.

—Tal vez, y lo que deseo es que su próxima película atonte a las masas y que yo pueda presenciarlo.

Rio sin mucha convicción:

—Lo que sí sé es que no permitiré que estos dos sucesos afecten para nada mi carrera.

—Buena idea... ¿Y tiene idea de quién pudo colocar el alambre en torno a la garganta de Julia?

—No —y se puso a hablarme de su carrera estelar.

Cuando Virgil añadió su peso en el diván junto al de su costilla, dije que iba a hablarle. Me sonrió Olga, pero cuando yo atravesaba el cuarto, la vi por un espejo.

Me miraba muy alerta, intrigada.

Dejándome caer en un extremo del ancho diván, le dediqué a Virgil Arnold mi sonrisa más selecta:

—Bien, Virgil... Mañana nos iremos ya. Y supongo estará contento.

—Infiernos... ¡vaya si estaré contento! La pregunta sobra, Duncan.

Por sus miradas, el matrimonio manifestaba que no sabía dónde iba yo a parar. Mi partida de póker sin naipes.

—¿Tuvo suerte, eh, muchacho? —le sonreí a Virgil—. Toda la literatura que amontonó Buster se convirtió en cenizas ilegibles. Lo cuál le vino de perlas, Virgil.

Me miró duramente, pero después hizo una mueca sardónica:

—Tiene mucha imaginación, Duncan. Como ya le dije a Jenkins, Buster y yo éramos buenos amigos.

—¿Y usted cree que el *sheriff* se lo tragó?

A Virgil le empezó a hervir el rostro, pero dijo sin hervir:

—Me tiene sin cuidado, porque el *sheriff* me cree o tiene que demostrar que no me cree.

—Pero es que el *sheriff* piensa que algún sobre no se quemó, y claro, si puede beber en la fuente manantial, las cosas cambiarán...

Ladró Virgil:

—¿Qué insinúa, Duncan?

—Nada, muchacho, nada. Si usted está seguro de su pureza, nada puede mancillarle.

Me levanté, pasando al comedor, y empecé a remover cuchillo y tenedor. Los demás fueron recogiendo su cena fría llevándosela al *living*. Les imité.

Eddie Manners vino a aparcar a mi lado. Solo tomaba café. Por lo visto, el muchacho quería estar bien despejado.

—¿Qué dice el jefe? —le pregunté, masticando.

No contestó, y deglutió café. Por fin dijo:

—Ya me hizo esa pregunta otra vez, Duncan. Parece estar impaciente por las idas y venidas de Jenkins.

—Todos estamos aquí ansiosos de irnos.

—Nadie más parece preocupado. Jenkins vendrá pronto. Telefoneó desde Old Town... y si le ha de hacer feliz, sepa que ha estado hablando con mucha gente. También en Lancaster y por el camino.

Ya estaban los bares funcionando. El mozo que no bebía, la muchachita que bebía por tres...

Mastiqué manzanas y me consideré bien cenado. De vez en cuando, Evelyn Parks me miraba como dolida. Como una niña perdida en el bosque...

Pero yo por bosque solo veía cipreses.

Daves estaba hecho papilla. Seguramente pensaba en su carrera destrozada, su pijama de rayas con un número. Hundida la barbilla en el rollizo pecho, no hablaba con nadie.

Salí a la terraza. Alguien abrió la puerta, la cerró y se puso a mi lado.

—Cliff. Tengo que hablarte.

Era Evelyn. Caminé hacia la piscina.

—Cliff, ¿crees saber quién mató a Buster y Julia? Debes decírmelo, porque dijiste que estábamos juntos... Lo dijiste la primera noche, ¿o fue en la mañana siguiente a la muerte de Buster? ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo —y le acaricié la mano, para quitarla de mi brazo—. Pequeña, hay mucho que decir, pero ahora no es el momento. Trota hacia tu cuarto y descansa un poco. Te veré después. Entonces te lo explicaré todo desde un principio... pero no ahora.

La dejé, pero ella seguía parada. Por fin se fue. Y me quedaba con el rumorcillo de los cipreses, el susurro del agua en la piscina, fumando en vagabundeo meditabundo y cabizbajo.

Eran las diez cuando fui al bar de la cocina. Me encontré con Manners.

—Hola, Duncan —me dijo receloso.

Le advertí con sonrisa amistosa, mirando en torno con cautela:

—Prepárese a oír música, Manners. Duncan se vuelve chivato. Creo que no vamos a tardar en perder uno o dos invitados. Lo siento como una corazonada. Alguien no habrá oído las órdenes de Jenkins prohibiendo abandonar el campo de batalla.

Me miró con recelo más pronunciando, y rezongó:

—Por lo menos Duncan no se va, supongo.

—Seguro que no, Manners. No quiero añadir pincelazos más negros al retrato que Jenkins me ha sacado. Pero usted tenga en cuenta mi chivatazo. Alguien va a fugarse.

—¿Quién y cuándo?

—Ni idea, Manners. Pero bloquee la carretera. Solo hay una para irse —y coloqué las llaves del “Cadillac” sobre la mesita—. Por de pronto, con estas llaves, además de que no me fugaré yo, puede usted bloquear la carretera. Y sino, tiene las llaves. Juego limpio, ¿no?

Jugó con las llaves y decidió:

—Vamos a ver el “Cadillac”.

Lo fuimos a ver, y Manners quitó el rotor, diciendo:

—Por si tuviera usted otro juego de llaves, Duncan.

—Muy astuto, Eddie. Ah, otra cosa... No estaría mal que diera usted un recorrido anunciando a los distinguidos huéspedes que Jenkins no quiere que nadie se vaya. Después, nadie podrá decir que lo ignoraba.

—Voy a convocarlos en el *living*.

Fui a mi cuarto, me deslicé en el “Meyba”, y saqué de la maleta el “Browning” 38 de Rod. Lo envolví en la toalla playera. Me recubrí con un albornoz y pasé al *living*, donde Manners declamaba:

—Les he reunido para recordarles que el *sheriff* Jenkins ha prohibido que se abandone esta casa. Buenas noches.

Se fue al bar de la cocina, y gruñó Daves:

—¿Cuántas veces tiene que decirnos lo mismo, hombre?

—No hay que apurarse, señores y damas. Total, unos días más entre estas felices colinas desérticas.

—No si puedo evitarlo —afirmó Virgil—. Cuanto antes me vaya de aquí, mejor, y si alguna vez veo a cualquier invitado de Brisson, que no se extrañe si no le saludo.

—En eso somos diferentes, Virgil —repliqué yo—. Me gustan todos los invitados. Cuando Jenkins venga por la mañana para decirnos que todos... menos uno... pueden irse, yo siempre saludaré con gusto a los invitados que queden libres.

Les dediqué en ronda una sonrisa de aplastante sarcasmo y me fui al bar.

Manners comentó:

—¿No duerme nunca o qué?

—¿Y usted, Eddie?

—Una cabezada de vez en cuando. ¿Y ahora, qué hace usted?

—Hambre —dije lacónicamente.

Me construí dos emparedados. Me eché café al interior, puse los emparedados en la bandeja más pesada, y me fui a la piscina.

Dejé mi toalla en una silla, junto con la bandeja y los emparedados, y me deslicé en el agua. Nadando me encontraba bien.

Me senté al borde con la espalda vuelta hacia el agua, y tragué los dos emparedados. Un silencio opresivo.

Y de pronto algo cayó en el agua.

La taza de café frío se me quedó como incrustada en la mano, y dominé el deseo de correr hacia los cipreses.

Pero aquello hubiera destruido mis planes. A nadie se le puede acusar de echar algo en una piscina. Esperé unos minutos, me bebí el café frío, y dejando la taza en la bandeja, me volví para mirar la piscina.

En su fondo, destellando por el reflejo de las luces bajo el agua, vi un encendedor. Cromado o plata, el metal no se distinguía bien, porque había aún arruguitas en el agua.

Inhalé aire, cogí la pesada bandeja y me zambullí en busca del encendedor.

Empleé la bandeja como cortador de agua. Coloqué la bandeja sobre el encendedor, y la solté.

Una repentina succión procedente de una boca de drenaje, aspiró bandeja y encendedor. Se aplastaron con fuerza contra la boca de drenaje.

Buster Brisson había visto un dólar de plata en el fondo. Y se zambulló para recogerlo. Lo recogió y entonces la boca de drenaje succionó y Brisson dio con la cabeza contra la boca de drenaje, sin herirse; pero la succión lo mantuvo allí pegado, hasta que ya asfixiado le soltó.

A mí no me succionó porque la bandeja hizo de biombo.

Salí a ras de agua, y recogí la toalla envolviendo el “Browning”. Y corrí hacía los cipreses. Junto a la válvula de funcionamiento de los drenajes encontraría la respuesta.

Caminé cautelosamente. Se suponía que Cliff Duncan estaba pegado como una lapa y contra su voluntad, a la ventosa que era la boca de drenaje.

Quién estaba junto a las palancas, soltaría dentro de unos minutos la de drenaje, dando a la de entrada de agua, y así el agua expulsaría a Cliff Duncan de la ventosa, dejándolo al fondo, asfixiado, con un encendedor en la diestra crispada.

Me tendía en el césped, mirando desde la mirilla de mi “Browning”.

Junto a los mecanismos de vaciado y relleno de la piscina, estaba Olga Carter.

Sobre codos y rodillas avancé un poco, contorneando para que no me viera. De pronto algo me cayó sobre la cabeza, mordí hierba y solo vi luces de mil colores; enseguida, una profunda negrura me envolvió.

CAPÍTULO XII

Lo primero que vi fue una manilla de palanca. La que me había golpeado en la cebolleta. Después los zapatos de Olga, y por fin el “Browning” 38 de mi hermano Rod, en la diestra de Olga.

La pelirroja me miraba como la estrella que ve a un gusano.

Quise rodar a un lado, pero la pelirroja me conminó:

—Quédate cómo estás, Cliff.

No me gustaba su tono. Sin matices, como algo muerto en el aire nocturno entre los condenados cipreses. Intenté devolverla a la vida:

—Escucha, muñeca, con matarme no sacarás nada. Estamos ya al final del sendero. Tiraste mi dólar a la piscina y conseguiste que Brisson quedara adherido a la reja de drenaje. El murió con mi dólar en la mano, y cuando supiste que Julia había quemado los papeles, pensaste que podía haber leído alguno. Le colocaste el alambre en la garganta. Esto son asesinatos, muñeca... Nada de director chillando que hay que repetir la escena. Muchacha... Buster y Julia han muerto y tú les diste muerte.

—Pero solo tú lo sabes, Cliff. Solo tú.

No lo dijo amenazante ni rabiosa. Yo tragué saliva con dificultad, presionando las manos sobre el césped.

Si empleaba el gatillo yo tendría que hacer algo, saltar, moverme... en fin, luchar por sobrevivir. Vi cerca de sus pies la palanca.

Y ella seguía como ensimismada, pero empuñando el “Browning” de Rod. Yo tenía que distraerla...

—¿Me viste empleando la bandeja, Olga?

—No, pero oí el sonido del metal cuando el agua se vaciaba. Yo tenía abierto el drenaje, y oí entonces el chasquido de metal, y me di cuenta que no podías ser tú el que golpeaba con la cabeza la reja de drenaje y vaciado.

—Entonces fingiste seguir con las palancas, pero al yo dar el rodeo, sacaste la manilla y me atizaste.

La pelirroja asintió, pero yo no había ganado ni un milímetro de terreno. Su respuesta y la manera ausente como me hablaba demostraban que yo estaba en su mente, pero solo en ínfima parte.

Debajo había otras ideas ajenas a mí. Intenté que enfocase sus pensamientos en forma humana.

—Encontraste los papeles que escondía Julia. En la cesta de costura, supongo.

—Eso es, Cliff. Empecé a preocuparme cuando supe que ella había estado a solas quemando papeles. Pensé que pudo esconder alguno, y anoche los encontré.

—Y claro, era preciso que Julia muriese, ¿no, Olga?

—Podía haberlos leído. Ya estaba yo metida en ello. Permanecí esperando casi toda la noche cuando te fuiste con ella, Cliff. Cuando el coche volvió, esperé bajo su ventana y oí cómo Manners te pillaba colocándola a ella en su cama. Os oí a los dos yendo al bar de la cocina. Regresé a mi cuarto pensando en el sendero y los dos bancos. No me costó mucho convencerla que fuese al sendero de los cipreses a esperarme.

Había asesinado dos veces, pero seguía siendo una simple aficionada. Antes de matar por tercera vez, necesitaba hablar primero de los otros dos asesinatos.

Solo para convencerse ella misma de que un tercer asesinato se imponía.

El de Cliff Duncan.

Había llegado el momento, ya que me lo había explicado, y ahora yo tenía que morir. No me convenía. Intenté conservarla charlatana:

—¿Y ahora qué, Olga? Matar nunca es fácil... Te diste cuenta ya la primera vez con Buster. Aparecería como ahogado, ¿no? Me apuesto que nunca te imaginaste la cantidad de pequeños detalles, eso que la policía llama imponderables, y que impiden el crimen perfecto. Por ejemplo, no supiste que Buster sería absorbido de modo que en vez de ahogarse, murió como quien se asfixia en tierra firme, sin agua en los pulmones. Y que esto haría que Jenkins pensara en asesinato, y no en accidente, y que empezaría a interrogar. ¿Cómo crees que vas a salvarte si me pegas un tiro, muchacha?

Empleé el tono amistoso conveniente. Pero ella irguió el “Browning” y me apuntó a la frente:

—No me queda más remedio, Cliff.

Hizo un gesto raro. Siempre encañonándome, con el “Browning” en la diestra, alzó un poco su falda con la zurda, y soltó la presilla de su media, que se enrizó bajando hasta media pantorrilla.

—Hasta esta noche, Cliff, yo no estaba segura si tú le habías hablado a Julia sobre los papeles delatores, y ella te contó lo que contenían. Esperaba... desesperadamente que no hubieses conseguido que Julia te lo revelase, pero cuando allá en el *living* nos

dijiste que pronto Jenkins detendría a uno de nosotros, comprendí que lo sabías todo.

Cerré los ojos. Mi plan había salido perfecto... Salvo en su última parte. Una simple manilla de acero chocando en mi cráneo lo había cambiado todo.

—¿Qué piensas de Daves, Cliff? —me preguntaba ella.

—Pienso lo mismo que desde un principio.

—Y acertabas.

Ahora se pasó la zurda por la melena de llama, descabellándose a gusto. Me recordó un poco a Rita en Gilda. Solo que esta Gilda me encañonaba con un “Browning” en la otra mano.

—Un falso médico. ¿Cuánto le puede salir de condena, Cliff? Un par de años a lo sumo. Y fíjate en Arnold, la cantidad de dinero que se ganó con sus falsos contratos de compras de chatarra para agricultores... ¿Qué pensaste cuando te lo contó Julia?

Arriesgué algo vago:

—Era estafar los fondos federales. Y así lo tenía cogido Buster que sabía muy bien que Arnold no empleó la chatarra para agricultores, sino para su propio negocio.

—Arnold podía pagar muy bien. Porque él no era como yo. Él no tenía impuestos. Así era diferente, Cliff.

Se llevó el zapato izquierdo al tacón derecho, y su zapato derecho fue a parar a un par de metros. Se inclinó un poco sin perderme de vista.

Bien pensado y bien mirada no era muy alta Olga...

Se arañó un poco la pierna hasta por encima la rodilla. Quedaron unos surquitos rojos en su blanca piel.

Y entonces la comprendí. Adiviné la farsa que preparaba. Mi garganta se negó a dejar pasar la salivilla.

En cualquier minuto apretaría el gatillo. No cabía duda sobre el futuro que planeaba ella para Cliff.

Claro que solo uno de nosotros dos contaría la historia.

Ella. Mostrando el cuerpo del asesino que por poco más la hubiera incluido en su lista de víctimas. Pude mover los labios:

—La página referente a Olga Carter, ¿estaba bien, pequeña?

—Por completo. Y hubiera sido el fin de mi carrera. Yo estuve un año en una lista de “servicios a domicilio por teléfono”. Hace seis años, en Boston. Pero alguien se lo contó a Buster. Alguien debió reconocerme pese a mi cabello teñido. Y vino Buster, pidiéndome más cada vez. Más de lo que yo podía pagar. Y tenía que detenerle, Cliff. Por eso le maté.

Yo tenía que impedirle que disparase. Pero, ¿cómo? Me tenía

tendido en la hierba, y saltar hacia arriba solo serviría para que yo mismo me incrustase más la bala.

Por más que lo pensaba, no me quedaba más remedio que encajar por lo menos una de las balas de Rod. Bueno, del “Browning” de Rod. Solo una...

Ahora la pelirroja quería darle más teatro a la cosa, rasgándose el escote. Pude deslizar mi pierna derecha, apoyar el tacón desnudo, gritar y saltar a un lado. Todo a la vez.

Me separaban de ella solo cuatro pasos.

Y volví a tenderme.

El estampido del 38 me sonó a cañonazo, y un surco quemante me encendió el lomo mientras en segunda zambullida le golpeé con los hombros las espinillas.

Ella me cayó encima. Me revolví y pude cogerle la muñeca fatal.

Pero en Hollywood con todas sus recetas, dietas y calorías vitamínicas, construyen muñecas sólidas. Tanto ejercicio para mantenerles la silueta en forma...

Y también debía ella haber tomado lecciones de yudo, o al menos para defenderse contra ataques masculinos.

El caso es que se puso en pie como un gato salvaje, me mordió en la muñeca, me dio un puntapié...

Pude retorcerle el otro brazo a la espalda, y mantenerla en pie con su espalda contra mi torso.

—Quietita, llama —jadeé—. Descansemos un poco, qué caray. Todo acabó, y de un momento a otro el triunfante Manners estará con nosotros.

Me dio taconazo, y estoy seguro de que me sangró el tobillo. Pero la mantuve como una lapa adherida a un pulpo.

Linternas eléctricas fueron apareciendo como luciérnagas por la terraza, aproximándose al sendero. Y ella dejó de forcejear.

Habló rápidamente:

—Cliff, juntos podemos... Has leído la prueba, pero puedes olvidarla... No me menciones y yo puedo acusar a Arnold... Se lo merece...

—Olvidalo, muñeca.

Permaneció erecta, y cuando se acercaba Eddie Manners, ella gritó:

—¡Socorro, por favor, auxilio!

Seguí sujetándola, y se detuvo Manners, boquiabierto.

Antes que sacara conclusiones falsas, le apremié:

—Quítele el revólver de la zarpa, Eddie. Primero quédese con el revólver, y entonces yo interrumpiré esta escena de amor furioso.

Tragó un par de veces, adelantó una mano prudente, y Olga se dejó quitar el revólver que hasta entonces había yo logrado mantener apuntando el céspedes.

—¿Qué diablos pasa aquí, Duncan? —bramó Manners.

Yo aspiré aire, y la pelirroja se me anticipó:

—¿No lo ve, Manners? ¡Me atacó! El mató a Brisson y a Julia, y casi me añadía a su lista, si no llega usted a venir a tiempo.

—Solo que el revólver lo tenía ella —sonreí.

Manners pareció aventar moscas:

—Cállense los dos. Jenkins se ocupará de todo, porque no va a tardar en venir.

Yo me exploré en busca de mi herida. La encontré. Bien, bien...

Evelyn y los otros acudían. También el *sheriff* Jenkins.

Llevaba botas camperas, cazadora de cuero, y prismáticos colgando del cuello. Permaneció mirándonos alternativamente a Olga y a mí. La pelirroja suspiró:

—No sabe cuánto me alegra verle, *sheriff*. Nunca en mi vida he tenido tanto miedo...

Y empezó a largar un cuento de miedo. Yo estaba nadando en la piscina, y la llamé. Ella se acercó la muy ingenua. Yo le dije que había descubierto una prueba, y quería que ella la viese.

Que fuimos al sendero de los cipreses, y que de pronto intenté besarla. Ella se debatió...

Hasta lloriqueaba la muy... no sé qué, diciendo:

—... se convirtió en una bestia salvaje, y al yo caer tanteé en el suelo y encontré una palanca con la que pude pegarle...

—Me pegó, de acuerdo, *sheriff* —tercié—. Pero por la espalda...

—Después, Duncan —me atajó el *sheriff*—. Primero habla ella.

—Entonces cayó de su mano el revólver y yo pude cogerlo. Pero él volvió a saltarme encima... Grité y acudió su ayudante Manners.

Yo abrí la boca, pero habló primero Jenkins:

—De todos modos, usted no tenía que haber salido, señorita, porque mis órdenes eran terminantes. Eran claras. Todos a la vista, y no aquí entre los cipreses.

—Es que él me dijo que aquí estaba la prueba de quién había matado a Buster y...

—Pero usted debió permanecer junto a la piscina, a la vista. Dice que Duncan estaba nadando cuando la llamé, ¿no es así?

—Sí, pero...

El *sheriff* dejó de mirarla. Me obsequió a mí con su acerada pupila:

—Hijo, estuve entre matorrales casi toda la noche, esperando

que usted metiera de nuevo el remo. Me imaginaba que usted trataría de salvar las colinas, escapando, y entonces le habría echado la mano al colete. Por esto le dije a Eddie que le dejara un poco suelto. Y ahora resulta que voy a tenerle que dejar suelto. Hay bastante luz en la piscina, y a menos que yo esté ciego y mis prismáticos sean de pega, esta muchacha no estuvo nunca junto a la piscina mientras usted nadaba.

—Desde los cipreses tiró algo. Encontrará un encendedor en la piscina. Lo echó ella, como hizo con mi dólar de plata hace dos noches.

Fui explicando cómo comprobé mi teoría, cómo Olga pudo matar a Buster sin necesidad de empujarle, ni ponerle el dólar en la mano.

Le bastó con tirar la moneda. Buster creería que era algún insecto, como me dijo a mí mismo poco antes de morir.

Acabé mi relato, y le dije:

—Me gustaría encontrar un poco de esparadrapo...

Jenkins me enfocó la linterna, y dijo:

—Solo un rasguño, hijo... Nos llevamos a la pelirroja, Eddie. Venga con nosotros, hijo, Pasaremos por casa del doctor.

Evelyn Parks se alejaba. Yo seguí al *sheriff*.

CAPÍTULO XIII

Al siguiente viernes estaba en mi playa. Podía nadar. Pero no me encontraba a gusto, y no era por mi heridita nada heroica.

La verdad es que no me encontraba a gusto.

Pensaba en el expediente que Rod Duncan había escrito sobre una Venus de Bolsillo llamada Evelyn Parks.

Me vestí, monté en mi cacharro, y conduje a las oficinas de Kruger.

Subí a la “Agencia Kruger”. Kruger me entregó un cheque que yo rompí, y empezamos a insultarnos. Hubo mención de tribunales, de publicidad, de contratar a un salvavidas sin darle credenciales, solo para ganarse una buena tajada...

Alguien agitó un puño bajo la nariz de alguien, y por fin abandoné el despacho Kruger con un cheque succulento.

Detuve ante una tienda que decía: “Parks”. Un interior selecto. Nada de dependientas vampiresas, ni montones de telas drapeadas. Solo una mujer delgada, distinguida, vestida de negro que se aproximó con la sonrisa de una castellana condescendiente:

—¿En qué puedo serle útil, señor?

—Me gustaría ver a la señorita Parks.

Me condujo a un despacho, abrió una puerta, se fue, yo entré, y Evelyn apartando la vista de su mesa, exclamó:

—¡Cliff! ¿Cómo estás? ¿Cómo está tú...?

—Cicatrizado del todo —y coloqué el cheque sobre la mesa—. Kruger piensa que en vista de los acontecimientos la ética le obliga devolverte el dinero.

En vez de mirar el cheque me miraba la faz:

—¿Dijo eso Kruger? ¿Qué acontecimientos?

—Bien, él se sentirá mejor devolviéndote tu dinero.

Como la pausa se prolongaba, me zambullí:

—He sido un estúpido, Evelyn. Yo te creía una hija rica, ociosa y tal, pero resulta que he visto el expediente, y las has pasado negras para ir montando tu tienda hasta hacerla un éxito. En fin, yo voy a un parador del Valle, y ahorraré. Después pediré crédito a un Banco, y me construiré la piscina...

Ella había contorneado la mesa, y yo aspiraba el perfume de su rubia cabellera.

—Puedo ayudarte, Cliff. No con dinero ni dirigiendo tu piscina,

sino en la cuestión comercial.

—Claro, tú tienes práctica...

Dejamos de hablar, y estaba en mis brazos. Era maravilloso, dulce y cálido. La puerta se abrió y alguien dijo:

—Señorita Par...

La puerta volvió a cerrarse suavemente. Cuando Evelyn y yo nos separamos, teníamos las manos entrelazadas.

—Bien, pequeña, nos iremos a comer juntos, ¿eh?

—Tú nunca pudiste pensar que yo había matado a nadie, ¿verdad?

Miré al techo, después a la alfombra, buscando cigarrillos, y murmuré:

—No, claro que no, pero estaba aquel zapato.

—¿Zapato, Cliff?

—Ya no tiene importancia ahora, pero como bajo tu cama toqué tu zapato y comprendí que pese a decir que no habías salido, habías salido, pues me reventó que me mintieras...

—Yo estaba citada contigo. Tardabas... Salí varias veces a ver si estabas de regreso... Pero no podía decírtelo. Hubiera sido demostrar una impaciencia... y yo soy mujer... Y después ante el *sheriff*, me costaba explicar... lo nuestro.

—Comprendido, comprendido —y la besé entusiasmado.

Me había quitado un peso enorme de encima. Porque llevaba días pensando que en la oscuridad, y dado que Olga era bajita, yo podía haberme equivocado y ser Olga la que me susurraba y a la que yo susurraba...

Pero no podía ser por dos razones: porque entonces no me hubiera buscado para suprimirme, ya que hubiese sabido que yo no le había sacado ninguna revelación a Julia.

Y la segunda razón, era que los labios de Evelyn eran únicos.

FIN



—La muchacha era rubia y dulce. Al instante me sentí obligado a protegerla, aunque mi editor me hubiera amargado el día...

Luego, por los sucesos extraños que en ella coincidían, pensé haber hallado un buen argumento. Le busqué un título adecuado

RECUERDAME AL MORIR

y lo entregué a mi editor, convencido de que le ablandaría el corazón mi novela y... el aumento que en ella le solicitaba

RECUERDAME AL MORIR

le gustó, estoy seguro. La historia de Ethel, la muchacha ciega que adivinaba los crímenes, resultaba en verdad apasionante, pero mi jefe tiene el corazón duro y... ¡Oh, perdón! Había olvidado presentarme...

SILVER KANE

le saluda, amable lector, y le sugiere que lea esta novela que aparecerá la próxima semana en

COLECCION SERVICIO SECRETO

¿Querrá indicarme, por favor, si era justificada mi petición?

Precio del volumen: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

495 — Silver Kane
UN FEDERAL EN NEVADA

COL. "SERVICIO SECRETO"

359 — Peter Debry
LA MUERTE EN "BIKINI"

COLECCION "BUFALO"

192 — Keith Luger
HUMO EN LAS PISTOLAS

COLEC. "Salvaje TEXAS"

60 — M. L. Estefanía
HOMBRES DUROS

COLECCION "CALIFORNIA"

39 — M. L. Estefanía
JUGANDO CON LAS BALAS

COLECCION "PIMPINELA"

554 — Carol Rodi
GRACIAS A TI

COLEC. "MADREPERLA"

450 — María Pilar de Molina
SIEMPRE CONTIGO

COLECCION "ROSAURA"

394 — Mary Vidal
ENTRE JEFE Y SECRE-
TARIA

COLECCION "AMAPOLA"

281 — María Teresa Sesé
AMAR EN SILENCIO

COLECCION "ALONDRA"

233 — María Morgan
ESTRELLA SIN BRILLO

COLECCION "CAMELIA"

175 — Edmundo Rey
AMOR Y LOCURA

COLECCION "ORQUIDEA"

144 — May Carré
EL OGRO DE GREEN
HOUSE

COLECCION "CORAL"

23 — Corín Tellado
LA NOCHE TRAJÓ UN
AMOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2- Barcelona « Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

De una de las novelas más leídas
del siglo pasado.

GUERRA Y PAZ

del inmortal escritor ruso

LEON TOLSTOI

surge la más asombrosa y espectacular película de nuestros días

GUERRA Y PAZ

¡El ambiente de la sociedad zarista!
¡Las luchas napoleónicas por el
dominio europeo!

GUERRA Y PAZ

¡Un título que dará prestigio a su
biblioteca!

Adquiéralo, recordando que forma
parte de la selecta Colección

JOYAS LITERARIAS

Precio: 125 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

IMPORTANTE



Cuando adquiera una obra de

Marcial Lafuente Estefanía

el más leído y admirado escritor de novelas del Oeste, cuyo nombre ha llegado a ser sinónimo de acción directa, de estilo trepidante, de amenidad, cualidades que han hecho de él un maestro de la literatura de acción, un auténtico clásico del western, tenga presente que es:

**autor exclusivo de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

y que sus obras únicamente son publicadas en las colecciones:

**OESTE LEGENDARIO, CALIFORNIA,
COLORADO, CENTAURO, SALVAJE
TEXAS, KANSAS, BRAVO OESTE,
HEROES DEL OESTE, CALIBRE 44.**

Para evitar posibles confusiones, recuerde que sólo pertenecen a este autor aquellas obras en las que destaca su nombre

 **Marcial**

el cual le ofrece la plena garantía de que está usted adquiriendo una emocionante novela más de



Marcial Lafuente Estefanía

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.